

**ELISEA M.<sup>a</sup> OLIVER**

Carmelita



**ISMAEL MARTINEZ CARRETERO,  
O. CARM.**

**ELISEA M.<sup>a</sup> OLIVER**

**Carmelita**

HERMANAS CARMELITAS  
C/ Madre Elisea, 1  
03300 ORIHUELA (Alicante)  
España.  
(Con aprobación eclesiástica)

2º Edición actualizada

Depósito Legal: BA-85-1990

I.S.B.N.: 84-404-7118-1

Imprime:

GRAFISUR - Tte. Verdú. 16 Tlfs.: 54 40 26 - 54 40 51

Los Santos de Maimona (BA).

*La Providencia de Dios  
lo dirige todo por sus pasos, sin violencia,  
pero con una tuerza irresistible,  
sirviéndose de medios  
que escapan a nuestra ignorancia,  
y de instrumentos que nos parecen  
los menos aptos para los elevados fines  
que Dios se propone.*

*Madre Elisea*

## **INTRODUCCIÓN**

No es nada fácil escribir una biografía, la historia del ciclo vital de una persona, por la sencilla razón de que toda vida humana siempre será un misterio que nunca será posible aprehender en su totalidad por los sentidos. Y si es cierto que el hombre nunca ve «con» los ojos, sino «a través de» los mismos, sin duda la realidad que se intenta captar no sólo será parcial sino que en cierto modo tal visión es transformada. Son las limitaciones con las que se encuentra todo historiador por mucho acervo documental con el que cuente, pues estas mismas fuentes pueden prestarse también a muy diferentes lecturas e interpretaciones.

Y si esto es verdad para toda biografía en general, las dificultades se multiplican cuando la persona a historiar es de una excepcional talla, personaje singular por cuanto es vida vocacionada y Dios entra por medio. Si además se añade el que la intencionalidad es hacer una síntesis biográfica, quintaesenciar toda una trayectoria existencial, la cosa se complica por cuanto presupone de aventar el grano, seleccionarlo, amén de una laboriosa siega y trilla.

Este es el caso del trabajo que nos ocupa. Cuando mis hermanas carmelitas me encomendaron hace tiempo la tarea de redactar una *breve* biografía de Madre Elisea, y *cuanto antes*, ni ellas mismas ni yo caímos en la cuenta de su envergadura. Y digo «ni ellas mismas» porque quiero entender que no hubo dolo ni pretensión de hacer la faena. Confieso de entrada que de Madre Fundadora sabía mucho menos de lo que yo creía, que existe un material inmenso por explorar a fondo y que no son pocos los esfuerzos realizados hasta ahora. Es de justicia reseñar aquí los trabajos de recopilación de datos por parte del P. Fernando Rodríguez, los escritos del P. Rafael López-Melús y los estudios de la Hna. Josefina Díaz sin los cuales, en parte, esta biografía no hubiera sido posible.

Existe siempre la tentación de convertir la biografía de una vida ejemplar y de espiritual modelo en una hagiografía, tentación que es menester obviar. No se trata de eso. «Los santos deben juzgarse culpables hasta que no se pruebe su inocencia» escribió George Orwell, que al fin todo proceso canónico no tiene otro esencial objetivo. A pesar de todo es inevitable una cierta simpatía que se trasluce, a veces, en juicios encomiásticos del personaje biografiado. Y es que, como el novelista, al final queda fascinado por el protagonista de su obra, aunque sea de ficción. Son muchas las horas y los días de camino recorridos juntos como para que no se enciendan los afectos. Defectos fácilmente excusables.

Dando todo esto por presupuesto, emprendí la tarea por el hecho de llevar estudiando durante años la magna empresa de la Restauración del Carmen en España, tras su excomunión general de 1836, razón por la cual no podía serme extraña la fundación de las carmelitas justo por esta época y en una tarea conjunta de reconstrucción de la vida religiosa en nuestro país. Por eso accedí sin más. Advierto de antemano este plano

restauracional bajo el cual está trazada esta biografía y que sin duda el avezado lector no dejará de notar.

No me propuse, por tanto, hacer un estudio exhaustivo de la figura de M. Elisea ni tampoco me atuve al rigor de las formas del aparato crítico, lo cual no significa que no lo tenga, pues el soporte documental de cuanto se afirma es imprescindible, aunque no se exprese en citas al pie de página. El objetivo esencial ha sido dar una visión panorámica con afán divulgativo de la vida y obra de la M. Fundadora, siguiendo sus pasos, primero, a todo lo largo de su periplo existencial, para luego reseñar los rasgos más característicos de su personalidad, tanto los humanos como los espirituales.

Deslindados así los campos y determinado el enfoque o perspectiva desde la que se estudia, no es de extrañar que de la vida de M.Elisea se nos hayan quedado muchos vacíos y cabos sueltos biográficos que no estaban en nuestro ánimo cumplimentar por aquello de la extensión, aparte de que ya están en otros lugares inventariados, al menos parcialmente. No obstante quedan aún algunos aspectos inéditos, como no dejamos de advertir a lo largo de la presente biografía, y que serían de suma importancia desarrollar en futuros estudios monográficos.

También hemos evitado por principio la narración de cualquier hecho que tuviera el menor ribete milagrero o de prodigio, por mucho que a juicio de numerosos devotos y devotas lo hubiera; no es ahora su tiempo. Y dado el carácter divulgativo de la obra, quise hacer uso del lenguaje apropiado a tal objetivo, es decir, el empleo de la palabra directa y desenfadada, clara, sencilla y al modo periodístico, como si se tratara de la noticia del día, de algo acaecido hoy mismo. No se ha de extrañar, por tanto, el manejo del equívoco, del subrayado, incluso de cierta

y bien intencionada ironía que no tienen otra función, como instrumentos literarios imprescindibles, sino la de decir más y con mayor alcance cuanto se dice. De esta forma se evitan innecesarias aclaraciones y se da ocasión al inteligente lector del gozo de descubrir por sí mismo algo que ya va implícito en la palabra (*intelligentipauca*). No existe intencionalidad alguna de zaherir o molestar. Quien de otra forma lo interprete es que no me ha entendido.

A este respecto sí quiero expresamente declarar que M. Elisea hubo de cruzarse en el mismo camino con otras dos mujeres de talla excepcional, con M. Piedad de la Cruzprimero y con M. Asunción Soler después, para quienes el Señor reservaba otros muy diferentes derroteros de los ya emprendidos. Tampoco es marginal otra figura que, por el hecho de perderse en ulterior anonimato y en la oscuridad del tiempo, no fue menos importante y hasta providencial. Nos estamos refiriendo a la que fuera primera General de la Congregación, guste o no, M. Aguasvivas, la menor de las hermanas Vives Pla, la que se autoestimara y para sí tenía el ser la portadora en exclusiva del carisma fundacional.

Dicho cuanto antecede respecto al tema y método, no me queda ya sino añadir algo referente a la importancia de este trabajo sobre la vida de M. Elisea Oliver Molina, Fundadora. La biografía de cualquier fundador, al encarnar en su vida concreta el ideal y el carisma de su Congregación, sin duda ha de servir no sólo para hacer memoria de unos hechos determinados y temporales, sino materia y ocasión para la reflexión teológica, ante una vivencia determinada de fe, su forma de entender a Dios y de vivir su presencia, con la única salvedad del talante personal que, como tal, es único e irrepetible.



No hay que olvidar tampoco la dimensión histórica del carisma fundacional, legado sagrado de la fundadora a sus propias hijas, llamadas a profundizar y a desarrollar con fidelidad a través del tiempo y de sus signos. Los fundadores encarnan valores que se hacen presentes en el grupo con particular atracción y hasta el punto de conformar personalidades en poderosa acción formativa. Es lo que realmente hace discípulos. Una vida puede expresar lo inexpressable, es decir, su calidad humana, ejerciendo mayor influjo que las mismas normas legadas por los propios fundadores. A veces, incluso, lo que más nos atrae es precisamente lo que no nos piden ni exigen. Su misma existencia ya es en sí un fuerte estímulo y auténtica señal indicadora de camino.

La figura más sugestiva hoy es aquella que encarna mejor la santidad cristiana tal como en nuestra situación secular la entendemos: el abandono obediente a las directrices de Dios en lo normal de lo cotidiano, sin asomo alguno de lo extraordinario y prodigioso. Formas nuevas de existencia evangélica en la que existe total coherencia entre la acción y la doctrina, entre lo enseñado y lo vivido.

En este sentido, recordar por ejemplo a la Madre Elisea en aquella su habitual actitud meditativa, «bajo el parral, junto a la estatua del Corazón de Jesús», tal como la rememoran muchas de sus religiosas, no es una nostálgica evocación sin más significado que el que pudiera inspirar una rancia postal de los años veinte. Su búsqueda de Dios, su vida teologal y el toque de la gracia que la impulsa, por medio del Espíritu, por caminos no siempre claros ni comprensibles a los ojos humanos, es la clave de esta trayectoria vital. «La providencia de Dios lo dirige todo por sus pasos, sin violencia, pero con una fuerza irresistible», nos dice.

Y aquí está la clave, pienso, para saber interpretar la vida de esta mujer: el abandono obediente y totalmente confiado a la acción de Dios en lo normal y en lo cotidiano de la vida. Su «Dios proveerá» es el secreto de su interior fortaleza, de su energía y hasta de su audacia. Sin embargo yo destacaría la dimensión mariana de la espiritualidad de M.Elisea en cuya obra quedaría profundamente impresa. Como carmelita era menester que así fuera. Este aspecto hará que su institución sea paradigmática, punto referencial para otras congregaciones carmelitas. Recordemos las íntimas relaciones de auténtica familia con la Carmelitas Venezolanas de M. Candelaria, con las Carmelitas de la Divina Providencia, con las Carmelitas de San Juan de Dios en Málaga... y con las Carmelitas del Sagrado Corazón, al menos como congregación hermana.

También es preciso resaltar el talante abierto de M. Elisea por expandir su Congregación no sin cierto sentido ecuménico. Sabemos de sus proyectos por marchar al Brasil y a Venezuela, aspiraciones no cumplidas por circunstancias muy ajenas al ánimo de la Madre, según consta. Sin embargo, y pese al carácter diocesano de la congregación, proyecta todo un plan expansionista peninsular, no sabemos si intencionado o subconscientemente mantenido. En la solicitud cursada para fundar en Alicante se dice que «conviene a nuestro instituto el extenderse en esta diócesis para gloria de Dios nuestro Señor». Era el año de 1907. Al siguiente, 1908 se va a Andalucía, y al otro, 1909 a Castilla-La Mancha. Cuando muere M.Elisea en 1931 existía todo un proyecto de expansión hacía todos los rincones de la patria, desde Brozas en Extremadura hasta Barcelona, una media luna de proyección creciente.

«Nacidas en el corazón de la Orden», como afirma M. Socorro Font, las carmelitas de M. Elisea tienen en su fundadora la huella viva de la dimensión apostólica del Carmelo. «Palomarcicos

para hacer caridad» como designa en sus fundaciones. Si las Hermanas de Orihuela buscan las raíces más profundas de su identidad y las fuentes de su inspiración como carmelitas, la vida de M. Elisea, la cotidiana y la otra, habrá de constituir sin duda punto obligado de referencia.

Y concluyo no sin antes hacer declaración de mi personal agradecimiento a mis hermanas carmelitas por la ocasión brindada de adentrarme en el alma de esta mujer singular que me ha hecho sentir aún más carmelita. Esta dimensión vivencial del Carmelo femenino es una gracia del cielo impagable para toda la Orden. A mi comunidad sevillana debo el regalo del tiempo puesto a mi disposición y que me ha permitido pergeñar las páginas de esta biografía. Y a la Hna. Áurea Ferreira, procesador de datos viviente sobre la vida de M. Elisea, mi agradecimiento fraterno por su constancia y su paciencia sin límites.

Ismael Martínez Carretero, O. Carm.  
Sevilla, enero de 1990



# **I. ANDADURA HISTÓRICA**



## 1. DIOS PROVEERÁ

El origen de toda esta historia tuvo lugar en un pueblecito cercano a Denia (Alicante), llamado Mirafior, allá por los años de 1889. Era la maestra del pueblo Doña Dorotea Molina Ballester a la que por entonces y temporalmente acompañaban sus sobrinas Dorotea Sancho y Pepa Oliver, naturales ambas de Benidoleig, una villa cercana.

Cierto día llegaron dos religiosas recolectando, es decir, pidiendo para sus pobres a los que se dedicaban, más en metálico que en especie por aquello de las distancias. Procedían de Alcantarilla, pequeña ciudad cercana a Murcia, de donde tomaban el nombre de «Carmelitas de Alcantarilla». Nos transmite la tradición que estas religiosas se llamaban Aguasvivas Vives Pla y Fe Bañón Amorós, primeras discípulas de M. Piedad de la Cruz, la fundadora, y aunque vestían el hábito, aún no eran profesas.

Se hospedaron dichas monjas en la casa de una virtuosa mujer que les habló de Pepa, la sobrina de la maestra, quien según todos los indicios, manifestaba señales evidentes de vocación religiosa, amén de excelentes cualidades. Las de Alcantarilla piensan hacerle la propuesta de su posible vocación.

Era, en efecto, la joven Josefa Oliver una agraciada muchacha veinteañera de grandes inquietudes religiosas. En varias ocasiones se había acercado a la vecina Denia, un poco la capital de aquel contorno, donde tenía una tía monja, agustina de clausura por más señas, y se había asomado tras aquellas rejas al misterio de la vida contemplativa. También con su tía, la maestra del pueblo de Mirafior, compartía las tareas docentes entre los niños y admiraba la primorosa labor, humana y cristiana, que se puede ejercer sobre aquella infancia, socialmente tan necesitada entonces, final del siglo.

No le desagradó la oferta vocacional a Pepa, pero debía consultarla antes con su madre, cabeza de familia, pues su padre ya había muerto. Tomás Oliver González, el padre de Josefa, había sido el barbero y practicante del pueblo por lo que a la joven se la conocía por el nombre de «Pepa la del Barber»; el pueblo se llamaba Benidoleig, como antes se dijo, y allí se fueron las dos primas mozas, acompañando a las monjas mendicantes. La tía Dorotea regaló a Josefa como recuerdo una mantilla con la que cubrirse del polvo del camino; en Benidoleig las religiosas se hospedaron en casa del peluquero.

Era la familia Oliver Molina numerosa, tanto en prole como en virtudes cristianas; once hijos le habían nacido a Tomás en aquel hogar bendito; Josefa hacía la número diez, antes que Rosa la pequeña. Se completó la docena familiar con Rosario, una pobre criatura de pocos días que los Oliver Molina adoptan al quedar abandonada en 1865, cuatro años antes de que nuestra biografiada naciera. A este hogar tan generosamente abierto a la vida, Dios no tenía por menos que bendecirlo. Y así era. Todos los testimonios son acordes en afirmar que la de Oliver Molina era una familia feliz, modesta, pero alegre, virtuosa y trabajadora. Todos los hermanos colaboraban en las faenas del campo, en un pequeño predio patrimonial de la familia. Nada de extraño, pues, que en la escuela de este hogar cristiano se forjaran profundos rasgos humanos como son el amor al trabajo, a la sinceridad, y que brotara espontánea la alegría.

Aquellas monjas de Alcantarilla recabaron información de los vecinos del pueblo mientras pedían; sí, efectivamente, «Pepa la del Barber» era una chica modelo, de lo mejorcito que había en el lugar. La gente les informó cómo se ocupaba del catecismo parroquial, de la enseñanza a los niños, cómo cuidaba del exorno y limpieza del templo y cantaba con su hermana Esperanza en las fiestas litúrgicas principales ya que tenía una preciosa voz. Y



que practicaba cuantas obras de caridad se le ponían al alcance como las visitas que hacía a un leproso que vivía marginado, a las afueras del pueblo. «Si alguna vez te vas, le había dicho el enfermo, ya nadie vendrá a verme». Y así sucedería.

«Piensa bien lo que vas a hacer, hija», le recomendaba su madre cuando supo estaba dispuesta a marcharse. Y añadía: «¿Estás tú segura?» En esta tesitura la muchacha no tuvo otra respuesta que ésta: «DIOS PROVEERA». En realidad, y en los caminos de Dios, ¿quién puede estar seguro? Sólo cabe la respuesta, el sí decidido a una llamada; lo demás corre exclusivamente a cuenta de Dios siempre que nos fiemos de Él y la criatura se abra a la gracia. Y esto fue lo que hizo Josefa. Provista de una modesta dote, pero suficiente, y ataviada con un vestido que le habían regalado, salió una mañana del hogar materno bien acompañada por aquellas religiosas de Alcantarilla. «Se ha ido de monja Pepa la del Barber» fue el comentario del día en el pueblo. Así comenzaba una hermosa aventura, una simple historia de apertura y de generosidad a la acción de la gracia. Y ante la llamada de Dios no supo decir otra cosa sino el «Dios proveerá»; fue la respuesta justa. Y con esta actitud confiada como único bagaje en el camino de lo incierto se inicia una original andadura.



## 2. LAS MONJAS DE ALCANTARILLA

Así eran conocidas estas religiosas por estar asentadas en esta villa cercana a la ciudad de Murcia justo por aquellas fechas de 1889. El nombre oficial de estas monjas era el de Hermanas Terciarias Carmelitas y, aunque admitidas en principio por el obispo de Cartagena. D. Tomás Bryan y Livermore en 1884, aún no tenían la aprobación jurídica definitiva. Era su fundadora Tomasa Ortiz Real quien en religión había trocado el nombre por el de Piedad de la Cruz, que bien grande se la tenía reservada el Señor en su aventura religiosa.

Había nacido la M. Piedad en Bocairente (Valencia), en 1842. Todos los intentos por ser religiosa desde su niñez se le habían frustrado: quiso irse primero con las monjas de su colegio, las francesas de la Sagrada Familia; como Santa Teresa intentó la huida de la casa paterna para marchar con las carmelitas de Onteniente, pero el río Clarian le cerraría el paso; también se frustró el intento de ingresar en las carmelitas de Valencia. Estaba visto que la vida de clausura no iba con ella. Más tarde ingresaría en las carmelitas del P. Palau, con las de Gracia concretamente, de cuyo noviciado hubo de salir por enfermedad al parecer. Se hospedaría con las Mercedarias de Barcelona desde donde peregrinaría al Desierto de las Palmas, en Castellón, para hacerse eremita como Santa Eufrasia, pero los frailes descalzos de aquel cenobio no se lo permitieron; a su vuelta, ya en la Ciudad Condal, será agraciada con una celestial visión, la del Sagrado Corazón de Jesús: « De ti y de tu congregación siempre tendré misericordia», le dijo.

Se instala M. Piedad en Puebla de Soto, en 1884, primera sede de la Congregación carmelita, pero tres años más tarde, el 4 de marzo concretamente, se trasladan las pocas religiosas que aún eran a la mencionada ciudad de Alcantarilla de la que para

los restos heredarán el nombre. Fúndase por aquellos años en la ciudad de Caudete, manchega en lo civil pero de la diócesis de Orihuela; asistían a los enfermos en el viejo convento de carmelitas, compartido con la guardia civil. Al restaurar los frailes su antiguo monasterio en 1888, hospital y cuartel se instalaron en otro sitio.

En Alcantarilla residía la fundadora M. Piedad con un grupo de postulantes jóvenes; no disponían todavía de noviciado ni se podía, por tanto, emitir profesión religiosa puesto que el ordinario no les había aprobado aún constituciones. El ideal carmelitano de acción apostólica se iba delineando en la mente de la fundadora no sin serios interrogantes; la compaginación de una vida de oración y retiro era difícilmente ajustable a las frecuentes y largas ausencias a las que se veían obligadas las religiosas por la postulación de pueblo en pueblo como medio casi único de subsistencia.

Afectaba, sin duda, esta difícil situación a nuestra candidata a la que habían cambiado su nombre por el de Providencia; ideas encontradas rodaban pesadas por la cabeza de nuestra joven postulante. Si el prolongado retraso en la aprobación de su proyecto de vida religiosa era causa de sufrimiento para la Fundadora, no lo era menos para la despierta pretendiente a la vida consagrada; sus esquemas no encajaban con los hechos en la práctica. Y, en realidad, el simple uso de un hábito, por muy sagrado que éste fuera, no le era garante de una entrega, de un compromiso. Y decide su marcha.

No poco hubo de ser el sufrimiento durante los dos años casi en Alcantarilla como para, al final de ellos, dar el paso decisivo de su abandono. ¿Temor al fracaso, al ridículo? ¿Qué iban a decir de ella en su pueblo? El paso dado era fruto de un largo discernimiento, que para eso están los postulantes y

noviciados; hubo de ser sincera y consecuente consigo misma. Nada le importa. Ni a nadie condena. Siempre guardará un grato recuerdo de aquella mujer excepcional que fue Piedad de la Cruz. «Aquella Madre Piedad sí que era una santa» recordará muchas veces. Al final también se convencerá la fundadora de Bocairente de que el Camino del Carmelo no era su camino, aunque siempre guardará filial devoción a la Virgen del Carmen que integrará en su fundacional carisma.

Fue sin duda un gesto valiente el paso dado por nuestra Sor Providencia. Y providencial, porque el Señor de quien se supo fiar desde el principio le tenía destinadas en sus altos designios otras rutas insospechadas, otro destino. ¿Pensó la joven Josefa Oliver en otros proyectos, en otros ideales de vida religiosa? ¿Bullía en su mente algún afán de meterse a fundadora? No lo parece, antes bien existen indicios fundados de que cuanto ansiaba era simplemente una vida religiosa estable y organizada, y dentro siempre de su vocación al Carmelo. Parece ser que alguien le habló de las Carmelitas de Palma; no es meramente casual que en Caudete, cuando se decidieron a iniciar un nuevo estilo de carmelitas, se adoptaran las Constituciones mallorquinas como jurídico modelo.



### **3. NUEVO PROYECTO DE CARMELITAS**

A su regreso para el pueblo Josefa Oliver piensa que debe dar alguna explicación a las religiosas que la encaminaron a Alcantarilla, y decide pasar por Caudete a fin de despedirse de Fe Bañón y Aguasvivas Vives, sus mentoras. Era la primera, de un pueblo cercano, de Villena, provincia ya de Alicante; las Vives Pla, pues dos eran las hermanas, procedían de Carcagente y pertenecían a la primera hornada de la fundadora M.Piedad. Todas ellas formaban comunidad junto con otras religiosas, como la Hna. Alfonsa, que se sepa, comandadas por una de las Vives Pla, bien dotada al parecer de avíos para el gobierno.

Hubieron de sentir mucho esta decisión tomada por la de Benidoleig a quien sin duda no le faltaban buenas razones. Y esto las hubo de cuestionar cuando resolvieron consultar con los Padres Carmelitas quienes hacía ya tres años habían restaurado su viejo convento en Caudete; lógico que ellos fueran sus confesores o consejeros, pues ¿no eran ellas también carmelitas?

Eran éstos unos fervorosos religiosos, con el celo propio de los neófitos, ya que pertenecían todos a los primeros hijos de la Restauración que se había iniciado en España hacía apenas unos años. El priorato lo ostentaba el P. Cirilo Font, un exmilitante carlista, ordenado de sacerdote hacía cinco años, lo mismo que el P. Salvador Barri, sacerdote diocesano antes de hacerse carmelita y fervoroso hombre de oración con talante de cartujo. Ambos sacerdotes eran catalanes y de treinta y muy pocos años. Las cuestionadas religiosas hubieron de acudir al P. Barri primeramente por cuanto sabemos; éste a su vez consultaría más tarde con su prior el P. Font.

Grande hubo de ser la sorpresa del carmelita Barri ante la desorientación de aquellas religiosas que, en realidad, lo eran sólo de hábito. ¿No se llamaban Terciarias Carmelitas? ¿No existían constituciones de la Orden Tercera Regular ya aprobadas? ¿Qué esperaba, pues, el Sr. Obispo de Cartagena para admitirlas? Y, en caso que lo hiciera, ¿no necesitarían también la aprobación del ordinario de la diócesis a la que Caudete pertenecía? Estos y otros muchos interrogantes debió hacerse el buen P. Barri quien decidió en última instancia consultar con el P. Cirilo. «Mientras tanto, hijas, oremos; pongamos en manos del Señor tan delicado asunto», recomendó el religioso. «Y tú no te vas hasta que se aclare esto» le dijeron a la frustrada postulante las otras religiosas.

El P. Prior no sólo no puso ningún reparo sino que tomó tal empeño que consideró la situación como si la misma vida le fuera. Y no es de extrañar que así lo tomara el P. Cirilo Font para quien le conozca: fogoso por temperamento, rígido y austero como militar que fue y ahora no menos con el sayal de monje, pone manos de inmediato a la labor encomendada y que para él era de conciencia. Marcha a la capital de la diócesis, Orihuela, y pone en conocimiento del Sr. Obispo la situación de aquellas religiosas.

Hacía apenas cuatro años que D. Juan Maura y Gelabert, de la saga de los Mauras mallorquines, había tomado posesión de la sede oriolana. Daba, además, la coincidencia (¿coincidencia o providencia?) de que conocía muy bien a los carmelitas de Palma, restauradores del Carmelo Español, que había seguido muy de cerca la fundación de las Carmelitas Terciarias mallorquinas. Un primo hermano suyo, D. Miguel Maura, había sido confesor de su fundadora, la M. Joaquina de la Virgen del Carmen. También, tenía conocimiento de las Constituciones de Palma, inspiradas a su vez en las de las Carmelitas de Vich. Ni que decir tiene que el



prelado, tras la entrevista con el prior de los carmelitas, secundó la obra para su diócesis.

Mientras tanto M. Piedad, la Fundadora, estaba bien informada de cuanto sucedía en Caudete por Sor Alfonsa, religiosa de gran simplicidad que se alarmó e interpretó ser rebelión lo que en realidad no lo era. Las propias religiosas de Caudete, entre ellas las hermanas Vives Pla, fueron personalmente a informar a Alcantarilla: «La Orden del Carmen nos admite y el Obispo de Orihuela nos aprueba, ¿a qué más esperar?» Las jóvenes postulantes (caudetana alguna) se entusiasmaron con la idea, pero Madre Piedad no aceptó; ella quería su propia Congregación y sus propias Constituciones. Y se quedó sola con su fiel Alfonsa.

Sabemos que el Sr. Obispo Bryand ordenó a Piedad de la Cruz y a su compañera que hicieran un mes de ejercicios espirituales con las Salesas, dentro de clausura, durante los cuales vio claro que el Señor la llamaba por la espiritualidad salesiana, la del santo obispo de Ginebra, y así tendría origen finalmente la congregación de *Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús*. Que los designios de Dios son inescrutables no cabe la menor duda. Y preguntarse, por tanto, si hubo escisión o desgarró, si existió violencia, si unas y otras jugaron papeles de buenos y malos, como en las películas, no tiene sentido alguno; sería volver a las viejas historias maniqueas, las compuestas por verdugos y pobres víctimas de las que tan siquiera se libran, para más morbo, ni las mismas instituciones religiosas (¡Quién lo dijera!).

«Estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios que sabe lo que nos conviene y las ordena para nuestro bien». Este sapientísimo principio de nuestro santo carmelita Juan de la Cruz nos habrá de servir más de una vez a lo largo de esta historia. M. Elisea escribe casi exactamente: «No atribuid las cosas que os sucedan... a las

criaturas, sino pensad que todo nos viene de Dios y para nuestro bien (cta. 13).

#### 4. UN NUEVO CARMELO SURGE

Papel muy importante y relevante hubieron de desempeñar en todo este proceso de transformación las hermanas Vives Pla, Encarnación y Pascuala, veteranas ya en estas lides religiosas; de hecho una de ellas figuraba como superiora de la comunidad caudetana. Y a nombre de ésta precisamente, de Aguasvivas (Pascuala), vendría reconocida la nueva familia religiosa cuya cabeza había de ser (26 de febrero de 1891). Todas las demás del grupo giran en torno a este eje de autoridad. El Obispo Maura da orden de que se inicie noviciado canónico con la imposición del hábito del Carmen en su Tercera Orden, dando plenas facultades al prior de los carmelitas, P. Cirilo Font, para que dirija, oriente y forme a las candidatas en el espíritu del Carmelo.

Grande fue e inolvidable para todo el pueblo de Caudete aquel día 6 de Marzo de 1891, todo un acontecimiento. El Prior del Carmen invitó a las autoridades, las civiles y las eclesiásticas, quienes gentilmente acompañaron a las ocho aspirantes a carmelitas desde el Hospital al templo, banda de música incluida y chiquillería por descontado. Las jóvenes postulantes iban guapísimas, al decir de las viejas crónicas, ataviadas todas con el traje típico de la región: vistosos refajos y elegantes mantones de manila: claramente se quería dar a entender que allí algo nuevo comenzaba, una nueva andadura, un nuevo estilo de carmelitas. Sobre el altar mayor del Carmen aquellas mozas depusieron sus galas que trocaron por el pardo hábito carmelitano.

Una testigo de excepción llegó a transmitirnos lo siguiente: «yo luego la toca blanca y después un velo blanco sobre la toca que terminaba en pico. Así quedaron vestidas de carmelitas. ¡Estaba el Carmen lleno!... Tendría yo siete u ocho años». Efectivamente, así vistieron a las novicias. Y con las galas también cambiaron sus nombres, todos preferentemente carmelitas: he

aquí sus nombres religiosos en el mismo orden en el que ellas mismas se colocan, según documentos existentes:

Josefa Vives Pla  
Carmen Vives Pla  
Teresa Bañón Amorós  
Purificación Martínez Ros  
Eufrosia Albertos Gramage  
Elisea Oliver Molina  
Magdalena de PazzisBlanquer Rumeu  
María Jesús Benavente Benavente

Jovencísimas eran las novicias. Conocemos la edad de todas y cada una de ellas como para hacernos una idea. La benjamina era Eufrosia Albertos, con sólo 17 años; Magdalena Blanquer contaba 19 y M. Elisea con 22. Más veterana era Teresa Bañón, con 25. Carmen Vives Pla con 34 y Josefa con 30. Nada sabemos ni de María Jesús ni de Purificación Martínez ya que ambas abandonaron la Congregación, la primera antes de emitir sus votos religiosos y Purificación apenas profesó, lo que quiere decir que del grupo inicial de ocho, profesan siete y pronto queda reducido a seis. Así son las cosas, las de Dios, claro.

Y si solemne fue la toma de hábito, mucho más lo fue la profesión, ocurrida el día 13 de marzo de 1892, fiesta de Santa Eufrosia, mítica moradora del Carmelo. Cuando el P. Director les preguntó que qué pedían las hermanas, ellas respondieron que la misericordia de Dios y profesar en la Congregación de Hermanas de la Virgen María del Monte Carmelo. Años más tarde y cada vez que recordaba este día. M. Elisea exclamaba: «Esta, ésta es mi fiesta. Esta debe ser también la fiesta de la Congregación». Aquel día se consagraron las fundadoras con votos perpetuos directamente; así estaba ordenado en el viejo código.

En una humilde casita (calle la Santa n.17) será erigido el noviciado, el «Nazaret» de la Congregación, y M. Elisea, la Maestra de Novicias, elegida por las propias fundadoras. Es éste un dato a tener en cuenta puesto que pese a su juventud, sin cumplir aún los 23 años, ella fue considerada entre sus propias hermanas en religión la persona más adecuada para formar a las aspirantes en el espíritu del Carmelo. Madurez personal y carisma fundacional irán creciendo parejos. Las hermanas Vives Pla, mientras tanto, seguirán siendo las superiores de las dos casas entonces existentes, General la una y local la otra. Un fallo de principio en las adoptadas Constituciones, el cargo de carácter vitalicio de la General, arrastrará muy graves consecuencias; ello dará lugar a que ambas hermanas se erigirán en dueñas y señoras de la Congregación como si se tratara de su propio patrimonio.

En este mayorazgo constituido no se toleran oposiciones y la más fuerte la encontrarán las hermanas Vives Pla en la Maestra de Novicias precisamente porque a nada se oponía; su labor es callada y siempre guarda silencio. El tacto exquisito con las jóvenes novicias y la excusa sobre el trato duro e inconsiderado que recibían como para provocar a la Maestra, exacerbaban aún más los ánimos de las instigadoras. La admiración y respeto que todas tendrán para con la M.Elisea serán ocasión de celotipias rayanas en la envidia que suele ser muy mala consejera. Así se llegó a una situación límite que vamos a contar.



## 5. LA MAESTRA PROBADA

En los noviciados de viejo cuño solían probar las maestras a las novicias, creando situaciones absurdas a fin de calibrar la virtud, ordenando, por ejemplo, barrer una escalera de abajo a arriba o sacar agua del pozo con una canasta. En este caso concreto no será simple broma de mal gusto, sino una prueba dura para con la propia Maestra. Resulta que en el noviciado faltaba hasta lo más elemental, incluso la comida, pero la Maestra se las arreglaba para que nada faltara a las jóvenes, pasando hambre ella misma. Y hasta aquí podíamos llegar. No se les ocurre a las hermanas Vives Pla otra cosa que acusarla ante el tribunal civil de que robaba la Maestra para sus novicias alimentos y ropas extraídos del Hospital. El susto fue de los de aúpa cuando a altas horas de la noche es convocada a comparecer la joven Maestra, acusada por sus propias superiores. «¿Es cierto que...?» preguntó el juez, a lo que respondió la acusada con estas lacónicas palabras: «Dios lo sabe todo». El perspicaz magistrado no tuvo necesidad de hacer más preguntas: pronto supo darse cuenta que allí no había culpa alguna, sino un vil atropello. La novicia que acompañó aquella noche a M. Elisea contaría este vergonzoso proceso muchos años más tarde.

«Estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios...» nos recordará Juan de la Cruz una vez más. Ni que decir tiene que de esta prueba saldrá fortalecida personalmente y elevada a una tal categoría humana y espiritual ante los ojos de sus propias novicias que le granjeó para siempre admiración y respeto; su magisterio será desde entonces creíble. Malparadas, por el contrario, salieron las acusadoras; la gente del pueblo, que suele ser intuitiva y sabia, comenzó a denominar a las hermanas Vives Pla con un apelativo de escasa simpatía: «las gordas».

Son muchos los testimonios que nos hablan de la simpatía y admiración despertadas entre las pupilas de M.Elisea y sus entrañas de madre en aquella época difícil; se carecía hasta de lo indispensable pues, a veces, un trozo de pan duro con aceite era todo el desayuno de unas muchachas a las que se les ponía a prueba trabajando durante todo el día sin más alimento, cuidando enfermos y ancianos en el Hospital. Tras la dura jornada, el retorno a casa compensaba con creces al hallar un remanso de paz y una acogida humana y entrañable por parte de la Maestra. En aquel noviciado no se impartían espiritualismos alienantes, sino recias virtudes que había que poner diariamente en el yunque de la práctica.

Podría estar disconforme M. Elisea con aquellos métodos y actitudes impuestos por las superiores, pero nunca se la oyó una sola queja, y esto exacerbaba aún más a aquellas mujeres constituidas en autoridad. Hubieran preferido éstas el grito de la disconformidad, la rebelión incluso, que les sirviera de excusa para hallar lagunas obedienciales y poder así deponer a la Maestra, pero ella callaba. ¿Cómo no observar este silencio si era justo lo que enseñaba a sus novicias? Este fue el secreto del noviciado aquel: la vida, el ejemplo. Y esto fue precisamente lo que impulsó a las hermanas Vives Pla a la grave y vergonzosa acusación ya reseñada y a otros muchos acosos; aquel «prestigio» y señorío de la joven Maestra les era terriblemente molesto.

M. Elisea proseguía entregada en cuerpo y alma a su callada labor de formar a las novicias; allí se estaba forjando una generación de generosas y entregadas mujeres que darán crédito y vida a la naciente Congregación. Sabemos los nombres de las tres primeras profesas al año siguiente de la existencia jurídica de la corporación, en el 1893: Ángela Martínez Torres, María del Carmen Alberto Molina y Patrocinio de San José Sánchez. Poco después ingresaría Eufrosina Martí Pedrós, del propio Caudete,



la que tantos años habría de ser «M. Asistentita». Por aquellos primeros años fueron pasando bajo la mano experta de M. Elisea aquellas santas mujeres que se llamaron Francisca Serra, Magdalena Ferrando, Anastasia Sellers, Joaquina Domenech, Ana Gilabert, Ángela Fayós, Isabel Torres, Gertrudis Sanmartín, Asunción Soler, Esperanza Cid, María Gracia Albalat, Trinidad Tarrazó... casi todas ellas valencianas. Y las primeras catalanas enviadas por los carmelitas de Olot: Inocencia Canadell y las hermanas Badosa Cuatrecasas (en religión, M. <sup>a</sup> Ángeles, Arcángela y Angélica), una de las cuales, María de los Ángeles, llegaría a ser la tercera General de la Congregación.

No faltaron tampoco las deserciones como la de una de las fundadoras, Purificación Martínez Ros, sin embargo Dios no dejaba de bendecir al Instituto con el aroma de grandes virtudes, incluso de santidad, como así se manifestó en la primera novicia, la Hna. Ángela. Murió en 1896, a los 24 años. Cuando más tarde, en 1919 es desenterrada, la hallan incorrupta, circunstancia que a la propia M. Elisea le hace rememorar aquellos tiempos del noviciado con estas palabras:

*Hace 23 años murió la Hna. Ángela (Martínez), la primera novicia que entró en la Congregación. Muy ejemplar fue en su vida religiosa, y en la penosísima enfermedad fue un dechado de paciencia, una mártir, en lo mucho que tuvo que sufrir por parte de algunos seres, permitiéndolo así el Señor para su mayor santificación. Y nuestro Señor ha querido, sin duda alguna para animarnos a que practiquemos el bien, el mostrarnos lo que le agradó conservando su cuerpo incorrupto...Calculad la agradable sorpresa que se recibió; para mí fue muy grata. Fue, como os he dicho, mi primera novicia. ¡Y qué buena era y cuánto la quería yo (cta. 40).*

No quedaría completo ni siquiera como boceto el cuadro de lo que hemos denominado «el Nazaret de la Congregación» si no escucháramos una voz autorizada de una de las novicias que allí se formaron. Tenemos la de la M. María de los Ángeles Badosa quien en 1958 declarararía lo siguiente, acerca de la persona y método de M. Elisea como Maestra de Novicias: «Era la Maestra ideal. Todas la queríamos mucho... Tratábamos de imitarla en todas sus obras. Lo que más nos recomendaba era la oración. Oración y silencio, y mucha presencia de Dios. Que nunca hablásemos nada que pudiera mortificar. Mucha confianza en el Señor y amar mucho a la Santísima Virgen». Un breve programa, pero básico y fundamental. Si a estos principios de neta raíz carmelitana se les añade el hecho de que la Maestra los volcaba a la vida, encarnados en su persona, ¿puede darse mejor método, mejor escuela de aprendizaje para unas novicias?

## 6. GENERAL INTERINA

Mientras tanto proseguía el autoritarismo y la arbitrariedad de unas superiores que no habían entendido que ser constituidas en autoridad significa ejercer un ministerio, ponerse en actitud de servicio. Las hermanas Vives Pla así no lo entendieron, sino que interpretaron el cargo como un bien patrimonial, de feudo, y ejercicio de dominio, con la arrogancia propia del carácter vitalicio en el generalato. En 1896 se habían adoptado los Estatutos de las Carmelitas de Tarragona, las Misioneras Teresianas del P. Palau, pero conservando la perpetuidad en el oficio de General.

Bien pronto hubieron de lamentarlo tanto el obispo como los carmelitas, directores de la Congregación. Y puesto que los abusos no cesaban sino que aumentaban, originados por el carácter vitalicio de la General en las Constituciones, el Obispo Maura dispuso su abolición a principios del año 1899; tal cláusula quedaría modificada de esta forma: «El oficio de Superiora General finalizará a los seis años» con posibilidad de reelección, «o expreso mandato del Prelado».

Y aquí fue Troya. Lo que los superiores juzgaron ser norma de prudencia y de participación fraterna en el gobierno de la Congregación las hermanas Vives Pla lo interpretaron como de maquinación, atentado contra la autoridad establecida, de persecución, acoso y derribo. Ello originó tal malestar que llegó a crearse una situación realmente insostenible entre las propias monjas. Nadie creó bandos; sólo las de Carcagente protestaron sin que nadie las secundara.

Se tramitaba por aquellas fechas el traslado de Noviciado y Curia a la capital de la diócesis, Orihuela. Era natural. La joven Congregación gozaba sólo de derecho diocesano, como

tantas otras en España, por lo que se veían obligadas a recurrir constantemente al propio ordinario para cualquier trámite de burocracia. Era también deseo expreso del propio obispo D. Juan Maura a fin de seguir de cerca los primeros pasos del novel instituto, pero, informado de ciertos desmanes ocurridos en Caudete, no esperó ni a traslado ni a nuevas elecciones. «En vista de los sucesos ocurridos en el seno de la Congregación... venimos a disponer, y disponemos, que al recibo de la presente cese en el cargo de Superiora General de la misma Sor Josefa Vives Pla...» Se nombraba como General interina a la M. Elisea Oliver. Estaba firmado el decreto en Orihuela, el 15 de abril de 1899; al día siguiente el P. Director, que lo era entonces el P. Carmelo Codinach, lo daba a conocer a las interesadas.

Desde estas fechas hasta principios de julio fueron meses de auténtico calvario. Si la deposición había colmado el polvorín, el cargo interino de General en la persona de M. Elisea fue la espoleta. Hubo escándalo en la población, ciertamente, y malparada hubiera quedado la Congregación si el Señor no le pusiera remedio, valiéndose de una mujer prudente. Muy pocas cosas se saben en concreto: ¿fue abofeteada M. Elisea, fue maltratada? ¿Existió, por el contrario, algún intento de pacificación? De todo parece ser hubo. Lo que sí es de admirar, con perjuicio de la curiosidad morbosa que en estas historias nunca falta, fue el sepulcral silencio que de por vida guardaron aquellas venerables mujeres, testigos presenciales de tales desafueros.

De estas pruebas y sucesos de los primeros tiempos jamás se le pudo hacer hablar a M. Elisea ni una sola palabra. Otra prudente religiosa, M. Asunción Soler, novicia por aquel entonces, en un breve manuscrito y siempre hablando en tercera persona, dejó constatado sólo esto: «Durante este tiempo ocurrieron algunos episodios desagradables, pero ni pudo juzgar (ella) a nadie ni se

alteró la paz». Y lo que está fuera de toda duda es que aquella era obra de Dios, de lo contrario hubiera perecido. A pesar de todo, «ni se alteró la paz». Curioso.

Finalizando el año de 1898, al obispo de Orihuela se le presentó una ocasión pintiparada para efectuar el traslado apetecido: «A petición de los Señores que cooperan con Nos al sostenimiento de la Cocina Económica de esta ciudad, venimos en conceder a usted nuestra licencia para que... pase a encargarse de tan caritativa obra». La Hna. Aguasvivas Vives Pla, aún General, hizo las gestiones y le pareció bien, pero la traslación no le estaba reservada a ella.

Era, además, providente que se les ofreciera a las monjas el viejo solar del exconvento del Carmen, fundación que se remontaba al siglo XVI (1585) y que les fuera expropiado a los frailes por la ley general de exclaustración en 1836. Aún quedaba en pie el templo anexo de su Orden Tercera y en buenas condiciones, con su bellísima imagen de la Virgen del Carmen, su titular, obra de Salzillo según expertos.

Para que hubiera traslado, y en este caso se trataba nada menos que de la Casa Matriz (Curia General y Noviciado) hubo antes que cambiar otro texto de las Constituciones. En efecto, las de 1892 preceptuaban que la casa matriz «estará siempre en la villa de Caudete»; las Constituciones del 96 añadían esta variante: «pudiendo trasladarse donde convenga». No hubo, pues, obstáculo para tal cambio que se realizó el 6 de julio de 1899. Las hermanas Vives Pla abandonaron la Congregación «el mismo día que salieron por la noche las novicias y Curia General hacia la casa de Orihuela», se afirma. Ya sólo quedaban tres de las siete fundadoras: Teresa Bañón, Elísea Oliver y Eufrosia Albertos. La Hna. Magdalena de Pazzis Blanquer Rumeu había muerto en junio de 1894, a la edad de 22 años.



## 7. CON TALANTE DE FUNDADORA

Orihuela 1900. Comienza un nuevo siglo y para la Congregación una nueva singladura. De las tres fundadoras supervivientes es M. Elisea la designada por el Sr. Obispo (mandato y misión) para regir los destinos de aquella familia religiosa. Hasta ahora no había tenido más responsabilidad que la de formar a las futuras carmelitas, que no era poco; tal vez fue ésta la tarea en la que Dios la quiso emplear durante el transcendental período de gestación de la nueva familia. ¿Qué otros planes tenía el Señor sobre la joven Elisea Oliver? ¿Qué papel, qué puesto a ocupar en la fundacional tarea?

Contaba ahora M. Elisea treinta años. Hacía diez que había iniciado su religiosa aventura en respuesta a una llamada vocacional cierta, pero a través de muy inciertos caminos. Su confianza fue plena y su fe total desde el principio con aquel «Dios proveerá» con el que dio el primer paso; esta apertura y disponibilidad hizo que la Divina Providencia la fuera llevando, a la vez que moldeando, hasta colocarla al frente de la congregación. Carisma fundacional y carisma personal habrán de ir parejos hasta fundirse al final en una misma cosa.

Vivía entonces la Congregación su gran momento coyuntural y, a partir de ahora, se va a dejar sentir muy palpablemente la mano maestra de M. Elisea que dirige, corrige, orienta y moldea. Vive la General una hermosa etapa de madurez humana y de integración moral como fruto de la caridad vivida, reflejo de una actitud radicalmente evangélica. Los años entregados a la formación fueron decisivos y fundamentales. Por muy dotada que la supongamos, a los 23 años y sin experiencia anterior, es una aprendiz en el oficio de Maestra, y se encuentra en plena fase de maduración interior. La tarea formativa será rica fuente de experiencia. No hay que olvidar el sabio magisterio que ella,

a su vez, recibía de aquellos fervorosos carmelitas de la primera hornada de la Restauración (Font, Barri, Alvarado, Codinach...). Al formar, se está ella misma formando. Al darse a sus novicias, se encuentra a sí misma: la toma de conciencia, reflexión sobre el propio ser y vivir vocacional.

Son muchos los testimonios que nos hablan de esta madurez hecha y en camino durante aquellos primeros años en los que se van perfilando talante y actitudes de fundadora, incluso del impacto grato y reconfortante causado al encontrarse por vez primera con la Maestra. «Esto es lo que yo busco» exclamó una joven catalana al hallarse ante M. Elisea al llegar al noviciado. «Aquí encuentro lo que yo deseaba», remachó. Sin embargo, ¿tenía ella plena conciencia de que el Señor la iba disponiendo para ser madre y «exemplar» de la Congregación como la Fundadora?

Creemos sinceramente que no. Parece cierto que la joven Elisea, y precisamente por haber experimentado una penosa situación de tareas fundacionales durante la primera etapa de su experiencia de vida religiosa, buscó algo más estable y fundamentado. Y si aceptó formar parte de un grupo de fundadoras fue sobre la base de una corporación sólidamente establecida, como era la tercera orden carmelitana, y bajo la experta dirección de unos Padres de la Orden, también cofundadores. Que fuera consciente de su corresponsabilidad para con la naciente Congregación, como una de las siete fundadoras profesas, está fuera de toda duda, pero nunca como la máxima responsable. Solamente cuando Dios la haga pasar por los amargos trances de las noches oscuras, de las pruebas, de la soledad y de la humillación, sólo entonces irá cobrando conciencia de que su vida no le pertenece, sino que se debe por entero a Dios, justo a través de su Congregación.



«Siempre ha sido nuestro especial cuidado e interés trabajar incesantemente por la mayor gloria de nuestra muy amada Congregación y proporcionar todos los medios conducentes a vuestro aprovechamiento espiritual» escribiría un día del mes de julio de 1906. M. Elisea estaba destinada como ninguna de las fundadoras a encarnar y hacer vida un proyecto evangélico, con la novedad de un original estilo, dentro del multiseccular y fecundo carisma del Carmelo.

Las gracias que Dios hará volcar sobre M. Elisea y muchas de las virtudes en las que brillará con luz propia habrá que verlas bajo esta dimensión de madre y en pro de su congregación, de sus hijas, aparte de su rica experiencia personal y vivencia; estilos y maneras, actitudes y comportamientos, irán muchas veces encauzados dentro de estos parámetros de su cargo y función materna. Su empeño, por ejemplo, en pro de mayor intensidad en la vida interior de sus religiosas como base de la acción apostólica, de una más estrecha vida comunitaria, la hizo verse precisada a recortar primero y a suprimir después la itinerancia mendicante de una extraña herencia adquirida. Todo ello responderá sin duda a una exigencia carismática y colectiva más bien que a virtud propia. Y, a la vez, el peso de la Congregación sobre sus débiles hombros de mujer y su responsabilidad, constituirán, a un mismo tiempo, su cruz y su corona.



## 8. CON SÓLIDOS FUNDAMENTOS

En la plenitud de sus treinta años, con la elegancia y energía que nos muestran algunas fotografías de aquel tiempo, M. Elisea emprende la tarea encomendada. Instaladas Curia Generalicia y Noviciado en Orihuela sobre el viejo solar carmelitano, uno de los primeros afanes de la General será el de ir recomponiendo el inextricable rompecabezas parcelario en el que se hallaba dividido lo que en un tiempo fuera cenobio del Carmen; no descansará hasta adquirir el último palmo de tierra expropiado y enajenado.

Al finalizar el año de 1900 se concierta Comunidad y Cofradía del Carmen, que providencialmente había conservado la antigua iglesia de los carmelitas, a fin de que ambas corporaciones, y sin estorbarse mutuamente, puedan celebrar sus cultos y ceremonias; desde entonces el templo aquel sería ámbito sagrado para las carmelitas y centro de unidad de la congregación donde tantas promesas se juraron y donde nacieron y fraguaron tantas ilusiones cumplidas. Hoy descansa allí también el cuerpo incorrupto de M. Elisea.

Y surge también en aquel primer año de siglo la primera fundación de la nueva General, la de Elda. Ignoramos con qué criterio se efectuó, pero de lo que no cabe duda es que hubo de servirle de experiencia para lo sucesivo y que se estableció en suma pobreza. Se aceptó el ofrecimiento de una mísera casa parroquial por parte de un buen sacerdote, «el Cura Navarro», para educación de niños mayores y de párvulos. «El local era muy pobre» atestiguaría luego una de aquellas primeras niñas. «El patio donde jugábamos se llamaba *El Corralón*; tenía las paredes sin enlucir y el suelo terrizo». Para esta fundación suspendería estudios la joven Asunción Soler y más tarde los continuaría. Dos años después se funda en Cox, pueblecito muy cercano a

Orihuela, más o menos con los mismos criterios, también en lo que había sido convento de carmelitas y aún fresca la memoria de sus últimos exclaustros.

Uno de los más penosos ministerios que al principio tenía la congregación (ya lo apuntamos) era el de la postulación de pueblo en pueblo, hiciera sol, tronara o lloviera, y esto durante meses fuera del convento. Nos lo cuenta una acreditada testigo, M. Asunción. Apenas concluido el noviciado fue enviada con otra religiosa a pedir por las provincias de Albacete, Murcia y Cuenca desde la fiesta de Todos los Santos hasta vísperas de Navidad. Ingrata tarea la de ir de puerta en puerta, y por los «desprecios que en sí trae, y el continuo caminar, que hubo día de ser la jornada de seis leguas y luego recorrer la población, etc.» Como de adherencia extraña y poco compatible con el espíritu del Carmelo debió considerarlo M. Elisea cuando lo fue suprimiendo en la medida en que se lograban otras remuneradas y más adecuadas labores. Cuando en cierta ocasión un padre se oponía rotundamente al ingreso de su hija en la Congregación por lo que consideraba *penoso espectáculo de monjas* por esos caminos de Dios, M. Elisea zanjó la cuestión con estas palabras «Yo le prometo que ya no pedirán». La idea ya estaba en sazón.

En 1904 se realiza el primer Capítulo General de la Congregación tras ejercer M. Elisea el generalato, en calidad de interina, durante cinco años; se aplicaba por vez primera la modificación introducida en las primeras constituciones, aboliendo el mandato vitalicio. Tuvieron lugar los comicios en Orihuela como todos los de la Congregación realizados hasta ahora. Ni que decir tiene que M. Elisea obtuvo los votos y el refrendo de sus hermanas; le acompañaron en el Consejo General las religiosas Eufrosina Martí Pedrós (la eterna «M. Asistentista»), Francisca Serra Casanova, Consejera y Secretaria, junto con Teresa Bañón Amorós, la cofundadora, y María del Carmen Albertos Molina. No existen ni cartas convocatorias ni

actas capitulares; todo desapareció durante la guerra de 1936, se dice.

Y en 1905 hay otro gran acontecimiento: la agregación oficial a la Orden del Carmen, aunque de hecho desde el principio lo fuera. Así lo explica una relación existente en Roma: «Fueron ocho las primeras Hermanas que vistieron el santo hábito y se agregó canónicamente el instituto, ya en su fundación, a la primera Orden. Mas luego, con el objeto de lucrar toda suerte de indulgencias y gracias espirituales, según prescribe el Decreto de 28 de agosto de 1903, se renovó dicha afiliación». Cuando el Prior General de toda la Orden, que lo era entonces el americano P. Pío María Mayer, firmaba aquel formalismo de una realidad ya existente, M. Elisea lo comunica a toda la Congregación, exultante en su más íntimo carmelitanismo:

«Si el amor que siempre nos ha tenido nuestra Sma. Madre la Virgen María del Monte Carmelo se ha patentizado ahora de una manera tan solemne, muy justo y razonable que le demos gracias desde lo más íntimo de nuestros corazones». Y ordena que, «en acción de gracias por tan fausto acontecimiento, digan el himno *Te Deum* (el) cántico *Magnificat* y la *Salve*»(cta. 4).



## 9. ANDANZAS FUNDACIONALES

Desde que M. Elisea asume la máxima responsabilidad de la Congregación en 1899 hasta su muerte en el año 1931, excepción hecha de sus seis años de obligado relevo (1922-1928), tres fueron las tareas fundamentales en torno a las cuales girará su gestión de gobierno: la formación de las candidatas, la vida fraterna de sus comunidades y el apostolado específico de la Congregación. Para ello se supo valer de una adecuada legislación como expresión de un proyecto de vida que fue luego cuidadosísima en hacer observar por todos los medios que la caridad puso a su alcance. Desde que la Congregación naciera en aquella casita de Nazaret caudetana en 1891 hasta el 1931, año en el que cierra sus ojos M. Elisea para el eterno reposo, son cuarenta años durante los cuales se ha ido extendiendo la congregación hasta alcanzar cuarenta fundaciones con un total aproximado de 200 religiosas.

Notable crecimiento que es claro exponente de madurez como corporación y no meramente cuantitativa. M. Elisea imprime en toda fundación su estilo personal que será al mismo tiempo signo y sello de la congregación, pues, en casi todas ellas estuvo presente la General, incluso cuando no lo era, como en las de Granada y Barcelona, fundaciones de suma responsabilidad. Un sucinto recorrido por algunas de estas casas fundadas nos irá descubriendo interesantes facetas de la personalidad de la fundadora así como el talante de la andadura congregacional.

«Lleguemos nosotras allí donde otros no puedan llegar» es la frase que dicen repetía M. Elisea. Tal vez pudiera parecer solamente eso, una frase hecha, incluso hasta pretenciosa, pero no es cierto. En realidad responde a unas circunstancias muy concretas documentalmente demostradas: la aceptación de fundaciones desechadas por otras congregaciones. Y más aún,

casas abandonadas por otras familias religiosas son asumidas por aquellas primitivas carmelitas como signo de su servicio a la Iglesia en humildad y pobreza.

Existen multitud de testimonios que reafirman cuál era el criterio prevalente a la hora de fundar: ante una misma necesidad, elegir los lugares más pobres y apartados. Para la instrucción de la niñez tenían preferencia los pueblos más pequeños y abandonados, «dándose el caso de renunciar a fundaciones en capitales y poblaciones grandes por dar preferencia a sectores más necesitados y apartados», dejó escrito la Hna. Lourdes Arenas. Y María Belén Martínez lo reafirma al decir: «Tuvo mucho interés (M. Elisea) por fundar en los pueblos pequeños para atender a los niños pobres y a la gente pobre. Prefería los sitios donde había más miseria y más pobres...». Basta recorrer sus fundaciones para ver que esto que pensaba lo hacía: Paradas, Brozas, Cox, Baños de Fortuna, Santa Pola...son prueba de sus preferencias por los pobres.

Esta opción *preferencial por los pobres* hoy, a base de repetirla suena a tópico, y sin embargo este testimonio es de hace treinta años que, a su vez, hacía referencia a cuanto había visto cincuenta años atrás. Y es que, aparte del «nihil novum sub sole», la radicalidad de una vida en el Evangelio no espera ni a nuevas teologías ni a que la Iglesia las proclame; simplemente se vive. Hoy es muy difícil hacernos una idea exacta de la realidad de la España de entonces y de sus pueblos. Algunos de ellos, como el citado de Santa Pola, es hoy un enorme complejo urbanístico e industrial que en nada refleja la suma penuria de un pueblecito de pescadores como para despertar la compasión de las carmelitas que allí hacen su fundación primera fuera de la ciudad de Caudete. Sin embargo aún ahora se puede constatar alguna de aquellas realidades visitando, por no ir más lejos, Las Encebras. No hace falta recurrir a la imaginación para caer en la cuenta de lo que aquello hubo de ser en 1917.



Sobre la base siempre de la opción preferencial reseñada, existen ciertos matices que son como el sello particular de cada fundación. Es el caso de Alicante en 1907 en el que se manifiesta la preocupación de M. Elisea por la enseñanza religiosa en lugares donde estaba amenazada. En la solicitud que se cursa al Sr. Obispo se expresa claramente la finalidad: «para contrarrestar los perniciosos frutos de las escuelas laicas y conviniendo a este nuestro instituto el extenderse en esta diócesis para gloria de Dios nuestro Señor». Esta fundación alicantina, aparte los objetivos reseñados, manifiesta también la confianza total de M. Elisea en la Divina Providencia pues, no solo rehuyó sujetarse a las trabas que un cura exigente metido a fundador quiso imponer, sino que se llevó a cabo a lo teresiano, sin lograr obtener como la Santa de Ávila algún mobiliario prestado, como en el caso de Sevilla, sino que hubieron de sentarse las monjas en el suelo, el primer día de la fundación, y contentarse con pan y atún, hasta arrebajar la lata. Y aceitunas de postre.

Varios meses permaneció M. Elisea en Alicante hasta ver que marchaba la fundación por sí sola; era su norma. Siguiéron otras: el hospital de Elda en 1908 cuando ya las Hermanas se habían granjeado la total confianza de los eldenses desde 1901. Se cuenta, no obstante, que «fue preciso en su principio superar muchas penurias económicamente y muchas estrecheces». En este mismo año de 1908 se da un salto realmente olímpico, hasta Andalucía. Se funda en Paradas, ciudad cercana a Sevilla, para el cuidado de enfermos y enseñanza de niños. Tres meses largos permaneció la General allá dejando instalada una Comunidad selecta. Y desde Andalucía al centro mismo de la Mancha, a El Bonillo (Albacete), en 1909, «para ejercer nuestro ministerio con los ancianos, pobres y niños huérfanos», según se expresa en la solicitud al Sr. Obispo, y por voluntad testamentaria de Doña Ana Francisca Cañaveras.

Una vez más se pone de manifiesto el «lucro» obtenido de las fundaciones de enseñanza, como el colegio de Benimagrell, fundado en 1913. Dicho centro era totalmente gratis, según rezaban las cláusulas fundacionales cuyos fondos respondían en lo económico, pero, ¿cómo se cubrían los gastos? A tenor de cuanto sabemos, de puro milagro. Consta que para la manutención de la Comunidad se percibían 100 pesetas mensuales, y eran cuatro, lo que quiere decir que ni a peseta diaria llegaban. Evidentemente, el milagro de la multiplicación de los panes y los peces se daba a diario.

Muy distinto fue lo de la calle Cartagena en Murcia, también en el año de 1913. Provocaron la fundación los escrúpulos de una señora, dueña de la casa número 16, que la tenía alquilada a un profesor protestante. El confesor de la citada señora le hizo ver de cerca el abismo infernal reservado para ella si no mudaba al inquilino. Se ofreció la casita a M. Elisea quien la adquirió para colegio, habiendo de comprar otras seis casitas más algo más tarde. Al año siguiente, en 1914, otro salto de audacia para la joven Congregación, Brozas (Cáceres). Es ésta una de las fundaciones de las que mayor documentación se ha conservado, sobre todo el inestimable tesoro de las cartas de M. Elisea. De las de Brozas nos ha llegado más correspondencia que del resto de las demás casas juntas. «Le gustaba Brozas por la pobreza que había», se dijo.

Interesante en cuanto a lo fundacional es el trienio 1916-1919 y no sólo por el número, ocho en total, sino por cuanto se sigue observando los mismos criterios de la opción preferencial por el más menesteroso. Vigilia de la Asunción era de 1916 cuando se fundó en Aspe el Asilo «Ntra. Sra. de las Nieves». Y vino bien que, como vigilia, fuese ayuno y abstinencia que obligadamente hubieron de observar, pues no tenían para comer sino aceite y pan. Compensaba, sin embargo, la alegría tal como el comentario

de la propia M. Elisea la manifiesta: «También nosotros hemos fundado otro *palomarcico* para hacer caridad». Al año siguiente, 1917, se suceden otras dos fundaciones pobrísimas; las de Pedreguer y Las Encebras, testimonial como lugar. Siguen las de Cieza, un asilo abandonado por otras religiosas (1918), lo mismo que las dos casas de Jávea al año siguiente. En estas mismas fechas de 1919 quedan erigidas Sax y Tossa de Mar.

Será allá por los años veinte cuando la Congregación se aventura a mayores empresas y en capitales: Málaga, Granada, Barcelona, Valencia... Comienza Málaga en 1919 y concluye Valencia ya en 1930. Lo de la capital malacitana constituye un caso excepcional en esta historia de las fundaciones, pues ya existían allí unas carmelitas, apellidadas de San Juan de Dios, pero carentes de una estructura canónica ni posibilidad de obtenerla. Es el ordinario de Málaga quien, y por mediación del carmelita Luis María Llop, recurre a las de Orihuela, bien para instruir las y ayudarles a crecer, bien para fusionarlas con la Congregación. Personalmente irá M. Elisea como General, acompañada de otra mujer llamada a ser fundadora: M. Asunción Soler. Y Málaga será en no muy lejano tiempo cuna de la nueva Congregación, las *Carmelitas del Sagrado Corazón*.

Durante los años de 1922-1928, sexenio de descanso legislado, se realizarán dos fundaciones importantes en cuanto al número de personal y a su cualificación: Granada y Barcelona, sanatorios en ambos casos y de gran envergadura. Es M. Elisea la designada no tanto como exgeneral cuanto por su experiencia y valía. En verdad nadie como ella pudo llevar a cabo tales fundaciones en las que M. Elisea hizo derroche de aciertos, diplomacia y gran acopio de caridad, al decir de los propios doctores, y todo amasado con una gran capacidad de sufrimiento y generosidad. El Sanatorio de la Purísima necesitó de dos fundaciones, en 1922 y en 1924 ya definitivamente, tras haber abandonado

Granada aunque por poco tiempo. Lo de Platón en Barcelona fue otra historia diferente y no por ello menos interesante. De aquí saldría M. Elisea en 1928 para ser reelegida General al año de su fundación. Valencia, Guardamar, Socuéllamos, San Jaime de Llierca y Mataró cerrarían el ciclo de las fundaciones de M. Elisea entre 1928 y 1930. Y en todas ellas siempre llevaba al FUNDADOR, un Niño Jesús. Belén siempre en su corazón de Fundadora.

## 10. ANIVERSARIO Y BALANCE

Tras esta visión panorámica de las fundaciones, nos es forzoso anclarnos en una fecha clave en la historia de la Congregación, la de 1916. Se cumplían los 25 años de su existencia, que no eran pocos. Celebrar las Bodas de Plata no les era dado a muchas de las numerosísimas congregaciones, principalmente femeninas, que a lo largo del siglo XIX se habían fundado. Batían el récord Francia y España, seguidas muy de lejos por Italia y Bélgica, pese a sus respectivas exclaustaciones. O tal vez por eso. Y habían surgido en tal abundancia que con razón se puede hablar sin hipérbole de cantidades industriales. G. de Bertier nos cuenta en su libro *La Restauration*, y no sin cierta ironía, con qué simplicidad nacían las congregaciones y aparecían fundadoras, algo así como las setas en un otoño pasado por agua.

Este espectacular fenómeno es único en toda la historia de la Iglesia y, por cuanto de alguna forma nos afecta, es razón por la cual declararemos esto un poco. Dos factores capitales, entre otros varios, se suelen apuntar como determinantes de tal proliferación congregacional: la necesidad pastoral en un mundo en proceso de recristianización y el «boom» devocional ocasionado por una serie casi en cadena de revelaciones y apariciones celestiales.

Es cierto en cuanto a lo primero que las exclaustaciones generales de las órdenes religiosas habían dejado un gran vacío en la acción pastoral. Por otro lado la Santa Sede se hacía cada vez más tolerante respecto a que la monja se pudiera mover fuera de su tradicional clausura; nada de extraño, pues, que mujeres devotas se prestaran a suplir con creces a los frailes medievales. Las tareas asistenciales de las religiosas, por ejemplo, reemplazaron a las practicadas hasta entonces por los hermanos hospitalarios, incluso las «cocinas económicas»

hicieron olvidar la tradicional *sopa boba* de los conventos. Y como las necesidades pastorales prácticamente eran iguales en todos sitios, de ahí que surgieran congregaciones de similares características, cuando no idénticas, sin extenderse más allá de una diócesis en su campo de acción y a veces ni tan siquiera rebasaban el ámbito de la parroquia.

Otro de los factores influyentes en tal proliferación congregacional fueron las devociones imperantes del Corazón de Jesús y de algunas advocaciones marianas, principalmente las inmaculistas. En conformidad al mensaje de Sta. Margarita María de Alacoque, se acentuó el interés apostólico por todas las formas imaginables de «reparaciones» y «esclavitudes». Hacia la mitad del siglo XIX ya se habían fundado más de cincuenta congregaciones del Corazón de Jesús, muchas veces con un débil fundamento teológico cuando no con implicaciones políticas, como ocurrió en Francia. En cuanto al número de las congregaciones fundadas con denominación mariana, también fue espectacular; sólo en cuatro años, de 1850 a 1854, se catalogan más de treinta. También aquí desgraciadamente hubo de intervenir el Santo Oficio por la piedad pueril y ridícula con la que algunas mostraban la devoción a la Santísima Virgen.

De tal multitud sólo una minoría halló forma definitiva y tras vacilantes ensayos. Muchos de estos institutos religiosos hubieron de fusionarse con otras congregaciones afines mientras que otros se dividieron en ramas de similar denominación, y no pocos terminaron por desaparecer. Todo este rápido proceso en ocasiones planteó al mismo Vaticano graves problemas canónicos. «La multitud de solicitudes que nos llegan con frecuencia -declaraba ya en 1825 el papa León XI- ha movido a la Congregación (de Obispos y Regulares) a dar una forma especial de aprobación que consiste en elogiar y estimular, aunque sin pronunciar una aprobación formal». Tal fue el origen del

*decretum laudis* que desde el siglo XIX constituyó el primer grado de aprobación pontificia (H. Jedin). Otros decretos pontificios posteriores en 1900 y 1914 irían regulando toda una normativa que recogería al final el Código de Derecho Canónico de 1917.

Y aquí es donde nos habíamos propuesto llegar. Ahora se comprenderá mejor por qué M. Elisea, ante sus reiteradas solicitudes de aprobación, sólo obtiene decretos de alabanza pontificia, la de San Pío X en 1913 y la de Benedicto XV en 1916. De estas «largas» o moratorias vaticanas es muestra típica la recibida en 1916 cuando dice que, «prosiguiendo de buen grado en la alabanza de todo lo que recta y piadosamente ha practicado el Instituto, espera no sólo que perseverará en el bien, sino que cada día aspirará a lo mejor». La Congregación obtendría otro decreto de alabanza en 1942 (aprobando al mismo tiempo y «ad experimentum» las Constituciones), hasta que al fin, el 4 de abril de 1950, se firmaría la definitiva y pontificia aprobación.

Razón de más para que se considerara de gran acontecimiento la celebración del 25.º Aniversario de la Congregación. Ya contaba con un centenar de religiosas (incluyendo a las novicias), distribuidas en 16 comunidades, datos estadísticos que el P. Rafael López-Melús considera suficientes como para vestir de largo a la Congregación y presentarla en sociedad. No es mala idea. Parece ser que se organizaron festejos a nivel congregacional pero de ello no queda constancia de forma oficial. La noticia de los actos celebrados en Caudete la da M. Elisea como local en una carta dirigida a Brozas: «De aquí os digo que el 6 del actual marzo celebramos una solemnísimas función, conmemorando la fecha de los 25 años de la fundación de la Congregación, y no hay por qué hablar del asunto porque fue extraordinario. Creo que en la revista « El Santo Escapulario» lo llevará (cta. 22).

Efectivamente «lo llevó». En junio de 1916 esta publicación jerezana inserta en sus páginas una encomiástica crónica cuyo desconocido autor encabeza con el título de FECHA MEMORABLE. Con una leve transcripción mental de lenguaje y estilo aún hoy podemos captar lo que entonces fue noticia:

*Si alguna vez se acomoda con propiedad la parábola del Evangelio, ésta es, sin duda, una de ellas. No son más que ocho pobres mujeres, digo, y no cuentan con más recursos que los inagotables de la virtud y del heroísmo cristiano, ni poseen otras armas de defensa que el seguro escudo de la Providencia divina, ni tienen otro norte que el de las obras de Dios, la contradicción y el sufrimiento. Y el 6 de marzo de 1916, transcurridos ya veinticinco años, una numerosa y respetable Comunidad, presidida por la Muy Reverenda Madre General Elisea Oliver, y compuesta en gran parte de superiores de las diversas casas de España, congregadas al efecto, se postran ante el altar de María, en la misma iglesia y quizás a la misma hora, para ofrecerle los frutos de virtud cogidos durante esos años y darle gracias por los exquisitos cuidados que en el cultivo de ese jardín de su Carmelo ha empleado.*

*El espectáculo fue verdaderamente conmovedor y llenó de emoción, no sólo el corazón de las religiosas, cuyos rostros vimos bañados en lágrimas, sino todo corazón noble y delicado.*

*La Comunidad de padres Carmelitas, las dignas autoridades civil y eclesiástica de la localidad y el pueblo todo de Caudete, al paso que han dado una prueba más de afecto hacia la Orden predilecta de María, han demostrado muy alto que saben hacerse cargo de la importancia que reviste un hecho de esta índole. Así lo dice el interés con que han procurado que el acto revistiese el mayoresplendor posible; así lo dice*



*el suntuoso ornato del templo, que no parecía, según oímos decir, sino la antesala del cielo.*

Fechas jubilares éstas para despertar la memoria y también muy aptas para reajustes y balances. Existen las relaciones trienales enviadas a Roma por estas calendas (1915 y 1918) por las que se tiene cabal información del estado de la Congregación en todos los aspectos, desde el cómputo del personal hasta el espiritual y el económico. No era mala ocasión la celebración del tercer Capítulo General cuya convocatoria hace M. Elisea en junio de 1916. No sin un cierto lirismo, muy propio de las notificaciones oficiales, se anima a la participación: «... *Revestidas de fortaleza y con ánimo alegre y decidido, y movidas por la mayor gloria de Dios nuestro Señor y prosperidad de la Congregación, elegid a aquellas de nuestras Hermanas que, según el dictamen de vuestra conciencia, os parezcan mejores y más aptas para desempeñar los principales y más importantes oficios de ella*» (cta. 24).

Por los resultados obtenidos en los comicios del 15 de septiembre de este año, M. Elisea seguía siendo considerada «la mejor y más apta» para el oficio de General, no obstante la necesidad de solicitar dispensa pontificia para un tercer sexenio de mandato. Para ello se requería que fuera postulada con la obtención de los dos tercios de los sufragios, y esto por una sola vez. Habría de ser el último sexenio posible.

En cuanto a las demás componentes del Consejo General, también fueron contempladas como las «mejores y más aptas» la M. Eufrosina Martí Pedrós, la M. Asunción Soler (ya Secretaria General desde 1910), M. María de los Ángeles Badosa y M. Teresa Bañón. Madre Eufrosina fue nombrada Asistenta en 1904 y lo habría de ser hasta su muerte, en 1951. Lo mismo ocurriría con M. Teresa Bañón, más en consideración a su

condición de cofundadora que a dotes personales, que tampoco le faltaron, hasta que en 1946 rogó no la siguieran votando dada su avanzada edad, cosa que respetaron (moriría en 1950). Las otras dos consejeras se perfilaban como sucesoras en el generalato, una más que otra, cuando M. Elisea no tuviese más remedio que cesar en 1922 por legal imperativo. En las fiestas conmemorativas del 25.º Aniversario así estaban las cosas.

## 11. UN ENIGMÁTICO CAPÍTULO

Entre los más penosos acontecimientos acaecidos en la congregación en tiempos de M. Elisea se cuenta el famoso Capítulo General de 1922, «el más doloroso para ella y, sin duda alguna, el de mayor repercusión, aun exteriormente», escribe una de sus hijas (Hna. Josefina. Díaz). En efecto, para la misma Congregación será una de las pruebas más duras de cuantas sufra (si exceptuamos la guerra civil de 1936), por lo que supuso de convulsión entre gran parte de sus miembros a raíz de los resultados obtenidos que a nadie satisfizo. La intervención del obispado fue evidente; que fuera ésta la solución salomónica más acertada es discutible, pero, de lo que no cabe la menor duda es que existió una respetuosa aceptación de la decisión jerárquica, al menos por la gran mayoría. Y M. Elisea será, sin pretenderlo, ocasión, centro y víctima a la vez de aquel acontecimiento justo por el cargo que ostenta. Veamos sucintamente el desarrollo de los hechos.

Llevaba como General 23 años en el oficio: tres sexenios y cinco años más en calidad de interinaininterrumpidamente. Empeñarse en seguir manteniéndola en el generalato por medio de otra segunda postulación (con las dos terceras partes de los votos) no parecía muy en conformidad con las razones que en su día abonaron la abolición de su carácter vitalicio, tal como el generalato aparecía en las primitivas Constituciones. Por otro lado, la misma Santa Sede parecía no estar dispuesta a dispensar nuevamente a tenor del canon 506 del Código de Derecho Canónico dado que, aun para una primera postulación, se requerían «causas graves» que ciertamente no las había.

Como alternativa aparecía en la «oposición» una clara candidata: la Secretaria General M. Asunción Soler, joven (cuarenta años recién cumplidos), dinámica, inteligente. Se

comentaba que había hecho su propia campaña electoralista (?) y que disponía de algunas incondicionales seguidoras. Lo que sí ciertamente consta es que se entró en el aula capitular no sin ciertas tensiones mal disimuladas, aunque mantenidas sigilosamente en el silencio. Era 4 de septiembre de 1922. Tras proceder al primero, segundo y tercer escrutinio, los mismos resultados se siguen manteniendo desde el principio: once votos para M. Elisea, cinco para Asunción Soler y uno para María de los Ángeles Badosa, lo que evidencia que hay dos claras candidatas, aunque en desventaja una de otra, y una tercera en litigio, muy en minoría. Son resultados que se prestan a muy diversas lecturas.

La primera pregunta que se nos ocurre es la más obvia: ¿por qué se sigue votando a M. Elisea pese a que, según declaración reciente entonces de la propia Congregación de Religiosos (y que las votantes no debían ignorar), era inhábil? ¿Por qué tan empeñada insistencia? Se nos ocurre, a bote pronto, dos posibles respuestas: o se habían descubierto en M. Elisea las dotes carismáticas de Fundadora (razón por la cual se juzgaba su presencia de imperiosa necesidad, como en otras Congregaciones), o, lo que parece más evidente, no era la otra candidata del total agrado de la gremial mayoría.

Esta desigual alternativa generó tensiones que se fueron radicalizando. Y humanamente entendido era comprensible que entre ambas candidatas se abriera una sima infranqueable, no tanto en las propias personas de las que consta se querían entrañablemente cuanto entre los dos grupos formados en torno a ellas, irreconciliables en sus posiciones. A este respecto sería muy útil para mayor clarificación analizar y contrastar ideas y formas de gobierno, los «programas», si es que los hubo, y que luego quedarían plasmados en el espíritu de las dos Congregaciones a que darían lugar los hechos derivados de tal Capítulo.

Lo que en verdad no existió fue el diálogo, la comprensión, el respeto mutuo..., lesionando el amor fraterno. Cualquier rincón de la Casa Generalicia, cualquier pasillo era buen lugar para endurecer posiciones en aras de la intransigencia. Hoy posiblemente esto no hubiera sucedido; eran otros tiempos ciertamente. Habían de transcurrir todavía cuarenta años para que los aires nuevos de un concilio providencial aventaran antiguallas de normativas que coartaban la libertad propia de los hijos de Dios, ajando la caridad. Consta que se habló mucho y duro; ya por el hecho de hacerlo constituía casi delito, por lo que jamás se sabrá cuanto allí se ventiló, ya que todas las testigos estaban obligadas a guardar silencio. Cuanto se sabe son puras conjeturas.

Al llegar a este punto muerto la General *absolvenda* expuso por escrito la situación al Vicario general de la diócesis, sede vacante, que lo era entonces D. Agustín Cavero y Casáñez. Era el 4 de septiembre. Al día siguiente contesta dicho Vicario puntualizando con claridad y documentalmente que M. Elisea no era reelegible, señalando para el día 6 el proceder « a nueva elección de Superiora General bajo nuestra presidencia». Y así se hizo. Lo que ocurriera dentro del aula tampoco consta puesto que ni en los archivos, tanto del obispado como en el de la Curia Generalicia, existen actas (se dice que por aquello de la guerra). Lo realmente sorprendente fueron los resultados obtenidos: la nueva General era María de los Ángeles Badosa Cuatrecasas. Ni M. Elisea, ni M. Asunción fueron elegidas para formar parte del nuevo gobierno, ni tan siquiera como consejeras.

Lo de María de los Ángeles como nueva General hasta cierto punto es explicable, a pesar de que únicamente obtenía un solo sufragio (¿de quién sería?). Bastaban nueve de los once votos que M. Elisea alcanzaba, desviados, sin duda, a M. María de los Ángeles antes que a M. Asunción. Pudo ser también que el

Sr. Vicario General impusiera su criterio, que para ello poderes tenía. Lo que sí parece cierto es que ni unas ni otras de las gremiales salieron satisfechas del aula capitular; unas acataron respetuosamente los resultados y otras menos, puesto que al final hubo quien se refugió en su particular Peñíscola.

## 12. dolorosas consecuencias

Y para nuestra historia nos basta lo hasta aquí reseñado. Sabemos que el inconformismo creó tensión y malestar hasta el punto de recurrir a la expulsión y al transfuguismo. M. Elisea se retiró discreta y prudentemente del escenario de los hechos y obedeció al aceptar ir a fundar a Granada. En todo este tiempo guardó un profundo silencio hasta el punto de que apenas si escribe alguna carta; sólo una se conserva, de carácter muy confidencial, a su director espiritual P. Elías Ortiz, guía y benefactor de la Congregación de grato recuerdo. Comunicaba el carmelita a Roma, en mayo de 1923, que «el asunto de Orihuela continúa embrollado» (desgraciadamente se habían metido de por medio los frailes). Y refiriéndose a M. Elisea, dice: « ¡Pobre Madre! ¡Cuánto ha sufrido y sufre!».

A finales de aquel mismo mes capitular marcha la exgeneral a su nuevo destino como superiora local; a M. Asunción Soler la envían al Balneario de Fortuna (Murcia), escenario más tarde de lamentables sucesos. Se cuenta que la última vez que ambas protagonistas se vieron. M. Elisea abrazó a M. Asunción y le dijo: « ¡Adiós, hija mía! ¡Hasta el cielo!» Ya no se volverían a ver más; sus vidas viraron con rumbos distintos. M. Asunción escoró su destino hacia tierras del sur definitivamente, lejos de sus lares levantinos; M. Elisea también, temporalmente, a Granada, «tierra harto acomodada para servir a Dios» que diría el santo poeta carmelita. Y como él, una vez más también recordaría: «porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios que sabe lo que nos conviene».

M. Elisea va a vivir durante este sexenio vacante de 1922 a 1928 una de las etapas más fecundas para su vida interior. Hasta el momento todos la han visto bajo la dimensión de General, encumbrada en las alturas de gobierno y autoridad. Ahora

se nos muestra más cercana, aunque siempre lo fuera, pero muy distinto al verla desempeñar una función muy concreta, integrada como un miembro más de la comunidad local y al quite siempre de las necesidades caseras. Y ejercerá su oficio con aquella misma actitud que tantas veces enseñara como ideal y en ocasiones ordenara. Será feliz al tener ocasión de ejercitar la obediencia. Cierta día recibe un telegrama por el que se le ordenaba se pusiera inmediatamente en camino; al leerlo exclamó alborozada: «Toda la vida mandando, Señor, y qué bueno es obedecer». Solía decir con gracia: «Me he quedado con el *fideliium*», una coletilla que al final de cualquier oración litúrgica la superiora pronunciaba en recuerdo de los difuntos.

Con sus 53 años ya remansados, será ésta la mejor ocasión para interiorizar todos los acontecimientos. Ante los rumores crecientes de que su obra podría en cualquier momento quebrarse en mil pedazos, M. Elisea es consciente de que aquella no es su obra, sino de Dios, y confía con una paz inalterable. Y en silencio. El sufrimiento interior nunca lo exterioriza, ni siquiera cuando recibe la humillación y el menosprecio por parte de sus propias hijas, como le ocurrió en Barcelona, donde no todo fue de rosas, aunque las hubo, pero con espinas. A estas alturas de su vida mostraba una recia personalidad, cuajada en la virtud, sobrenaturalmente definida, madura, integrada, con el difícil talante de saber moverse dentro de la mayor naturalidad y sencillez, con el arte de saber pasar inadvertida.

Cuando en 1928 fue reelegida Superiora General, después de haber permanecido un año al frente de la comunidad fundadora de la Clínica Platón en Barcelona, su Director, el Dr. Juan Puig Sureda, manifestaría sorprendido: «Nadie sabía ni supo que la superiora era la Fundadora». No cabe mejor elogio.



### 13. VENDAVAL EN EL OCASO

«En sus oraciones no se olviden de la pobre España que, por el cambio de gobierno, la religión sin duda se verá perseguida y por tanto la fe recibirá quebrantos». Así escribía M. Elisea no sin cierta visión profética a las *Carmelitas Venezolanas* el día 3 de mayo de 1931. En efecto, ocho días más tarde, y posiblemente antes de que la carta llegara a Caracas, su destino, se originaron las tristemente famosas «quemados de conventos» en Madrid, Valencia, Alicante, Murcia, Málaga, Cádiz y Sevilla; entre ellos estaba el de los carmelitas de la capital hispalense. Era el prelude de lo que habría de ser la Guerra Civil de 1936, la más cruenta y salvaje de cuantas han assolado la tierra hispana a lo largo de su multiseccular historia.

Y todo por la paradoja del «triunfo» de unas elecciones perdidas. Los comicios celebrados el 12 de abril de 1931 dieron la victoria a las candidaturas republicanas y socialistas en 41 capitales, pero los resultados globales del país favorecían a los monárquicos y a las derechas. Incomprensiblemente el 14 de abril fue proclamada la II República (1931-1936). Miguel Maura declararí: «Nos regalaron el poder». Fue cierto. Y la Iglesia Española, aparcada en la zona que siempre ha interesado a los políticos, hubo de pagar, sin merecer, un fuerte tributo.

Y es que, desde la aparición en el siglo pasado de un liberalismo exaltado y rabiosamente anticlerical, el catolicismo español fue objeto siempre de un desmedido afán de acoso y derribo, como si la Iglesia fuera la única culpable de todos los males de España. El trasfondo anticlerical de ciertas fuerzas políticas supo manejar muy bien los hilos demagógicos de la confusión por medio de la mentira, tratando de identificar a las izquierdas republicanas como *progresistas*, y a los católicos y monárquicos como oscurantistas y decadentes. El hecho

mismo de haber salido de una dictadura, la de Primo de Rivera, fue etiquetado muy hábilmente con el sambenito de católica y derechista. Como siempre.

Hoy tal visión de nuestra historia no resiste la menor crítica. Sabemos bien que los defectos de la Iglesia española, que sin duda los tenía, no se debían al hecho de ser católica, sino por ser española, «es decir, a que la Iglesia católica [...] ha acompañado al resto de España en su decadencia e incultura» (Madariaga). Pero el anticlericalismo intelectual no quiso reconocerlo así, aunque lo sabía, provocando por medio de la opinión pública las iras de las masas, siempre dirigidas irracionalmente contra la Iglesia católica. «Entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura», gritaba Lerroux a sus *jóvenes bárbaros*. «Destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para *virilizar* la especie. No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares. No hay nada sagrado en la tierra. El pueblo es esclavo de la Iglesia. ¡Hay que destruir la Iglesia!».

Este largo pero imprescindible preámbulo nos sirve para comprender mejor la dura prueba a la que será sometido el ya quebrantado ánimo de M. Elisea. Una gran tormenta se cernía sobre todo lo que significara institución religiosa y, por tanto, con serio riesgo de hacer desaparecer su obra. La prensa «liberal» se había desatado en un ataque frontal contra la Iglesia en una campaña bien orquestada de blasfemia y desprestigio. Mal paradas salían las pobres monjas en esta cruzada ante la opinión pública: la palabra soez, la ironía, el insulto, era moneda corriente. «Os cortaremos esos lindos cuellos, borreguitas» se les llegó a decir a nuestras carmelitas alguna vez.

Tiempo de prueba es siempre tiempo de gracia en el que se crecen las grandes almas porque se amparan en el Dios

providente. «Ahora hemos de procurar ser muy buenas a fin de desarmar la justa ira de Dios» escribe a una hermana, refugiada en su casa por miedo. «Ahora es tiempo de demostrarlo» escribe la Madre a las de Tossa de Mar, instando a la autenticidad de vida y a sus consecuencias hasta el heroísmo. Y recurriendo a la imagen de los toros (hay que lidiarlos en la arena y no desde la barrera), exhorta a que no se abandonen las casas a las primeras de cambio y que guarden la calma. « ¡No tengáis miedo!», escribe. « ¡A ser valientes con la valentía de los santos! Demostrémosle a Jesús que hay quien le ama, y que estamos dispuestas con su gracia a llegar con Él hasta el Calvario... Levantad vuestros corazones al cielo de donde lo hemos de esperar todo» (cta. 68). En otra ocasión, y ante un grupo de religiosas asustadas, se expresó de esta forma: «Y si acaso llegara el martirio, ¿qué mayor dicha la nuestra que dar la vida por Quien la dio por nosotras?»

La angustia, sin embargo, hace mella en su corazón materno por más que quiera armarse de valor y de entereza. Por esas mismas fechas de julio escribe a una religiosa, más asida al favor paterno que al amor de la congregación: «Yo estoy bastante bien, pero con una penita que me mata... No sé qué daría por veros». Y es que le llegan noticias de abandonos, de deserciones, de cobardías... «No me mata la República de fuera, sino la de dentro, pues yo creía encontrar a las Hermanas más fuertes en la vocación y en todo, y no ha sido así». M. Elisea es, no obstante, realista, nunca temeraria. Cuando comprueba que es imposible en aquella situación mantener el noviciado abierto, manda a novicias y postulantes a casa y es ella misma la que les prepara vestido y merienda para el viaje, abrazándolas a todas con un esperanzado « ¡Hasta luego, hijas mías!» Afortunadamente todo se reducirá a temores, fundados, pero miedos solamente. La tragedia ocurrirá una vez que la Madre haya muerto, pero su fortaleza carismática ahí queda.

Dos sucesos de entre otros muchos que pudiéramos haber escogido de este tiempo nos sirven para completar la descripción de una actitud valiente y confiada, propia de una mujer que sólo espera en el Señor de quien sabe recibe la fortaleza. Resulta que las monjas de Alicante, acosadas, hubieron de escapar por los tejados de viviendas vecinas. Más tarde serían expulsadas de la capital y transportadas en un camión a Orihuela, bien custodiadas por milicianos. Estaba M. Elisea en la puerta de la Casa Generalicia cuando vio cruzar a las monjas por la Plaza del Carmen quienes, al parecer, pasaban de largo. No sabemos lo que por su pensamiento cruzaría (¿las llevarían, tal vez, a la cárcel?), pero poco faltó para el desvanecimiento. Luego que entraron por la otra puerta la fundadora ya no supo controlar sus sentimientos y las fue abrazando a todas efusivamente.

Entrañable y simpático resulta este otro acontecimiento. Celebraba la Hna. Irene su onomástica y las niñas de su clase le dieron un entusiasta « ¡Viva la Hna. Irene!», a lo que replicó la religiosa con un « ¡Viva Cristo Rey!» De inmediato un policía se presentó acusándola de haber cometido delito. Angustiada la monja fue a comunicarlo a la General quien le dijo: «Di la verdad. Y si te condenan a la cárcel di que seremos dos. Ve, que a los pies de nuestra Santísima Madre te espero». Tras abrazarla se fue a la capilla donde permaneció hasta que regresó la acusada, absuelta de toda culpa. Los recursos a los que M. Elisea se aferraba nunca le podían fallar. En aquella difícil hora no era simplemente una frase el dicho teresiano que recordaba a una comunidad: «Quien a Dios tiene nada le falta». Y la aplica: «Es tiempo de manifestar cada una lo que es» (cta. 70).

## 14. ALABAT SIGA DÉU

«Recordad cómo fueron probados nuestros padres para ver si verdaderamente servían a su Dios», dice la Escritura (Jdt 8,21). Es la «demostración» de amor, el «detalle» que Dios tiene para con sus amigos, muy contados por eso, según Teresa de Ávila. También el Señor coloca a M.Elisea sobre el crisol de sus *predilecciones*, el de la purificación definitiva, pues el final del camino está cerca.

Contaba ya M.Elisea 62 años, vividos a caballo entre dos siglos por partes iguales. Antes de subir al Gólgota nunca falta Getsemaní: «Bien merece Jesús que apuremos el cáliz. Y a mí bien acibarado me lo hace pasar», escribía a sus hijas (cta. 70). Su cáliz hubo de beberlo en la doble vertiente en que lo gustan los santos, en lo físico y en lo moral. Los acontecimientos de aquel año de la II República laceraron su débil corazón y aceleraron su muerte, según todos los testigos. Y en verdad hubo de ser un amargo trago contemplar el triste panorama de su obra deshecha, la de toda su vida, amenazada su congregación de una ruina difícilmente recuperable, cuando no de una extinción total.

Muy quebrantada había quedado su salud en diciembre de 1930, a raíz de su visita a Las Encebras, hasta el punto de que nadie esperaba que alcanzase a ver el nuevo año. Pero aún le estaban reservados los días de la revolución. «Desde el 14 de abril hasta el 17 de diciembre de 1931 su corazón fue colocado bajo la prensa del sufrimiento» escribe su primera biógrafa. Y sigue diciendo la nota necrológica:

*A primeros de diciembre se sintió gravemente enferma y, aunque trataba de ocultarlo por no lacerar nuestro corazón, presentía que se acercaba su última hora. El día 8 del mismo*

*mes ya se encontraba muy mal, mas como era fiesta tan solemne, hizo un esfuerzo para levantarse a oír misa. Al mediodía se acostó para no levantarse ya más. El 16...le administraron los sacramentos, los que recibió con mucho fervor, contestando con voz clara a las preguntas del ritual.*

Había llegado la hora. Durante los días anteriores las novicias iban a la capilla y con los brazos en cruz oraban por la Fundadora; el efecto se dejaba sentir en su corazón agradecido de madre por lo que solía decir: «Que no pidan más, que están tentando al Señor». Plácidamente esperaba el definitivo encuentro. Para M. Elisea la muerte era sólo un «traslado al cielo», pues así lo dejó escrito cuando el fallecimiento de Hna. Arcángela (cta.39). Y como un acto más comunitario se despidió de su comunidad de Orihuela con la mayor sencillez: «Estamos todas aquí para recibir su última bendición», dijo M. Eufrosina, y las bendijo. «Hijas mías, no lloréis por mí. Sed buenas... Amaos mucho... Os espero en el cielo». Era la hora de la verdad. Fue su último «fidelium».

Se muere como se vive ciertamente, y hasta en los gestos M. Elisea muestra cuáles fueron sus amores preferidos. Eran las tres de la tarde y ha terminado de bendecir a sus hijas. «Desde este momento se puede decir que ya no perteneció a este mundo, pues se la veía rezar con dificultad el *miserere* y algún salmo del Oficio», se hace constar en la crónica. Apretaba entre sus dedos y besaba el crucifijo, lo mismo que el santo escapulario, signos de sus dos máximos amores: Cristo Crucificado y su Madre Santísima. En el más profundo silencio fueron trascurriendo cuatro horas de lenta agonía. «A las siete de la tarde, estando reclinada en las almohadas, con voz muy clara repitió en valenciano por tres veces: *Alabado sea Dios*, y sin movimiento alguno entregó plácidamente su alma al Creador».

Por tres veces perfectamente perceptible; la tercera «con voz que casi sólo era el movimiento de los labios», declara quien estuvo allí presente. El último aliento fue una hermosa protestación de fe, expresión de promesas cumplidas, deseo repetido de conformidad y de entrega a Dios al final ya del camino, cima y culmen de su ciclo vital a la entrada misma del reino definitivo. Imposible hallar un mejor remate a lo que había constituido el ideal de su vida religiosa (iniciada con un expresivo *Dios proveerá* hacia cuarenta y dos años) que este *Alabat siga Déu*, hermoso gesto de fidelidad y resumen de toda una vida. «Alabat siga Déu» en su hermosa lengua materna justo porque le brotaba del fondo de su alma como preludio del «cantaré eternamente las misericordias del Señor» en el reino de la luz y para alabanza de sugloria. ¿Cabe mejor testamento de última hora para sus hijas?

Se dice que allá, por tierras de Málaga, una misteriosa luz se hizo visible a M. Asunción Soler justo por aquella hora. También por Orihuela alguna religiosa creyó ver emprender raudo vuelo desde la cruz a una paloma. Pudiera ser. Hoy sabemos bien que no hacen falta los prodigios de antaño para catalogar a los santos. La Iglesia considera que el mayor de los milagros de un bienaventurado es una vida de entrega al servicio del Reino en la normalidad de lo cotidiano, con virtudes recias hasta el grado de lo heroico que lo será tanto más cuanto menos se noten. Ningún santo lo fue por estrafalario, sino porque pasó por la vida en la normalidad de nuestra hechura humana, «caminando sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad» (LG 41). Así fue esta singular mujer que se llamó Elisea María Oliver Molina, Madre y Fundadora.





## 15. DON Y MINISTERIO

*La Congregación [...], desde sus orígenes, mantiene vivo el ideal contemplativo -apostólico y la espiritualidad eliano-mariana contenidos en la Regla carmelita de S. Alberto como aspectos característicos de su carisma y auténtico patrimonio comunitario que ha de conservar y enriquecer.*

*Esta vocación del Carmelo, vivida con sencillez evangélica, es el don que el Espíritu comunicó a Madre Elisea y constituye la esencia de nuestro ser y la razón de nuestro existir en la Iglesia (const.art. 3).*

Estos grandes principios programáticos de carisma, don y ministerio, tan sucinta y bellamente expuestos en las actuales Constituciones de la Congregación, se ven plasmados en el sentir y en el actuar de M. Elisea hasta el punto de poder afirmar que su propia biografía, tanto en su perfil histórico como en su vida interior y espiritual, constituye toda una «teología de la vida» que ha de originar una reflexión teológica sobre su vivencia concreta de fe, su forma de entender a Dios y vivir su presencia, su aprecio de la tierra y de la reacción ante los comportamientos humanos. Es decir, la realización histórica, temporal y concreta de una existencia evangélica que ha de ser coherente entre lo idealmente creído y vivencialmente practicado, ¿Fue así la vida de M. Elisea?

La gracia carismática, aunque ordenada al bien común, se concede a una persona concreta por lo que siempre será necesario tener en cuenta sus condiciones intelectuales y morales que la capacitan para la recepción del carisma, primero, y para su oportuno desarrollo después, pues sabido es que en la sucesión del tiempo el carisma se va profundizando en su contenido y poniéndose al día en su ejercicio práctico, y esto no lo puede hacer el fundador, sino sus hijos o hijas.

En cuanto al ministerio se refiere sabemos bien que la vida religiosa participa de la Misión de la Iglesia, resaltando ciertos aspectos de la misma, de donde dimana el estilo propio de la congregación, aportando formas nuevas a la propia de la Iglesia, tanto en su espiritualidad como en su vida apostólica. Nos llevaría muy lejos exponer la gran aportación que las nuevas congregaciones religiosas hicieron a partir de la Revolución Francesa, principalmente las femeninas, en el campo del apostolado asistencial, educativo y misionero, insertándose en un mundo y en una sociedad radicalmente distintos a los siglos anteriores.

Y en este sentido también constituye novedad la aportación al Carmelo de esta dimensión apostólica, dentro del carisma eliano-mariano, por parte de la Congregación de M. Elisea, muy en sintonía con su carácter profético que se manifiesta hoy en signo de presencia y de futuro, en signo del Reino. La misión, por tanto, es una dimensión esencial del carisma por su carácter «misionero» que en todo instituto se vive en fraternidad comunitaria, ámbito de vida. Cómo lo encarnó, con qué talante y estilo lo vivió M. Elisea es lo que vamos a completar de ver al analizarla, aunque muy sumariamente, por dentro. Pero no sin antes hacer una presentación de su persona, de su aspecto físico. ¿Cómo era Elísea Oliver por fuera?





## **II. PERFIL ESPIRITUAL**



## 16. SU FIGURA

«Yo conocí a M. Elisea cuando aún no era monja carmelita, siendo grupo de mujeres piadosas reunidas, pero sin estar aún aprobadas por el Sr. Obispo». Así comienza su deliciosa relación Doña Rosa Bañón Torres cuando ya rebasaba los ochenta años, pero con una memoria prodigiosa. «Tendría yo siete u ocho años», dice. Recuerda con toda suerte de detalles el día de la recepción de hábitos, y por cuanto nos describe de la ceremonia y sus pormenores, no debía andar muy lejos del presbiterio, si es que no se había colocado en primera fila. «Estaba el Carmen lleno», rememora.

«Madre Elisea era alta -sigue diciendo- la cara alargada, muy guapa, ojos grandes, blanca de cutis (digo morena clara), y el cabello, como llevaba toca, no se le veía. Nariz afilada. Era muy educada, cariñosa, respetable; parecía una señora elegante, pero monja por su trato. Sí, su porte era de señora. Yo la conocí desde que llegó a Caudete hasta su muerte, pues, después de trasladar el Noviciado a Orihuela, venía algunas veces por aquí para visitar su convento.

*Yo a Madre Elisea la quería con toda mi alma porque de pequeña fue mi maestra... Era maestra para todo: pintar, coser, bordar, enseñar... Rosita -que así la llamaron siempre en el pueblo- destaca otros rasgos como persona que trató a M. Elisea durante largos años, y, siendo conocedora de las grandes dificultades por las que hubo de pasar, pone interés en describirla como «bondadosa, pacífica, sencilla, cortés, modesta... No era una monja encogida -subraya-, pero tampoco arrogante; de carácter expansivo, como Santa Teresa». Y, juzgando que en esta comparación con la santa carmelita ha ido demasiado lejos, matiza con gracia: «Mística, mística...no». Quiere decir que a tanto como tener revelaciones y hacer milagros no llegaba.*

Recalca que M. Elisea era abierta, caritativa, condescendiente, mujer organizada y con dotes de mando. Cuando rememora el silencio que guardaba la entonces Maestra de Novicias ante las duras pruebas originadas por las hermanas Vives Pla, no titubea en confesar abiertamente: *¡Era una santaza!*

Con todas las reservas que nos merecen unos juicios de carácter muy personal y de una apreciación subjetiva, los catalogamos como de muy ajustados a la realidad puesto que, en líneas generales, coinciden con la mayoría de los dictámenes y pareceres que hasta nosotros nos han llegado fragmentados. Tienen la ventaja estos juicios, además, de ser bastante homogéneos y coherentes, dando una visión completa del talante y figura de M. Elisea desde su condición de seglar y desde fuera, sin la pasión que pudieran poner sus hijas.

Tampoco hay que descartar por principio las apreciaciones de sus religiosas; en muchos de los casos ellas serán las ajustadas y precisas. De «muy buena moza, alta, más bien delgada cuando yo entré», en 1917, nos la describe una joven postulante frisando ya en los cincuenta la Fundadora. Otras religiosas la recuerdan «alta, gruesa, bien parecida... pelo negro». «Muy simpática, muy madre». «Sonrosada de color, con empaque», dirá su sobrina, la Hna. Cecilia. Y para no ser menos, otra familiar (en este caso una sobrina-nieta), dirá de su tía-abuela: « ¡Guapa como un sol!» Para ella no podía ser menos. De todas formas, y a tenor de los numerosos testimonios existentes, no parece exagerada ponderación cuanto sus hijas y familiares dicen.



## 17. TALANTE Y PERSONALIDAD

Si hemos de dar crédito a cuanto nos dice San Juan de la Cruz respecto a la relación espíritu-cuerpo, a tan agraciado físico debía corresponder un corazón grande, ya que, como se suele decir, *es regla de filosofía que las costumbres del alma siguen el temple y complexión del cuerpo*. Una de sus biógrafas escribe muy acertadamente: «Madre Elisea fue una de estas grandes almas que supieron encarnar en su vida el ideal evangélico. Ella encontró en la caridad el móvil de su existencia, la plenitud de su personalidad» (Hna. J. Díaz).

Sin duda éste ha de ser el punto referencial obligado de todas sus actitudes y comportamientos. ¿Cuáles de sus rasgos personales se habrían de resaltar como peculiares y diferenciados? ¿Existen algunos especiales más aptos para la santidad? No, en absoluto. Todas las facetas del ser humano forman en su conjunto una personalidad única, exclusiva e irrepetible. Y de ahí que no exista un santo igual a otro, aunque la santidad sea la misma. «Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios... Cada uno, según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad» (LG41).

Justamente ésta es la clave que nos desvela el secreto del paso por la vida de esta singular mujer: la caridad. Su proyecto de vida está unificado y dinamizado por estos tres elementos que entre sí se complementan: a) su búsqueda de Dios en fe, amor y esperanza como sentido total de su existencia; b) experiencia de amor invadiente que la impulsa a tomar opciones limpias que, a veces, incluyen dolorosas renunciaciones; c) Dios corresponde y colma sus aspiraciones, potenciando sus capacidades humanas. Y todo ello a través de un proceso que implica riesgos, incertidumbres...

y hasta fracasos, pero con un tenaz empeño, propio de quien se sabe plenamente asistida, por lo que se muestra confiada.

No es extraño que personas muy cualificadas profesionalmente vieran en M. Elisea la mujer correcta, la más apta y desenvuelta en asuntos y situaciones para los que humanamente no había sido preparada. Nos estamos refiriendo concretamente a los casos de las clínicas de Granada y Barcelona en los tiempos de su exgeneralato. Alguna persona que convivió con ella en la Ciudad Condal escribió: «Poseía el don de ciencia porque, sin estudios, llegaba donde otros con ellos no llegan». Y es que una profunda vida interior transforma no sólo el corazón y los sentimientos, sino hasta la inteligencia, en virtud de la vida que fluye desde dentro y se manifiesta en una forma peculiar de ser y de comportarse.

Este era el milagro diario de M. Elisea en su cotidiano que hacer y en lo normal de la vida: hacer las cosas de forma extraordinaria sin que se note. Verlo todo con los ojos de Dios y obrar según los criterios que dicta la caridad hasta los límites más exigentes; ésta es la forma *natural* de hacer presente al Señor. Todo lo demás se llama mediocridad, (cuando se llega).

Este estilo de vida pleno se nos ha transmitido fragmentado en mil pedazos diferentes, en mil facetas, como piezas sueltas de un puzzle no fácil de recomponer. A pesar de todo nos dejan traslucir una personalidad muy definida, aunque siempre velada por el misterio del ser humano y la parte que a la gracia corresponde.

Hay dos constantes a destacar entre todas las facetas que de M. Elisea se nos han transmitido: su habitual recogimiento y alegre semblante que le hacían ser una mujer dulce y de amable trato. «En su porte externo daba la impresión de estar

recogida», recuerda Hna. Cecilia. Cuando levantaba la vista, que normalmente guardaba con los ojos bajos, «penetraba hasta el interior», y añade la misma religiosa que, cuando hablaba, «sus palabras eran sentencias».

«Tenía una mirada muy dulce» evocaba una exreligiosa. Y penetrante, pues algunas religiosas, principalmente las timoratas novicias y postulantes, rehuían su mirada «porque penetraba hasta el fondo y te lo adivinaba todo». Realmente no existía «adivinación» alguna, sino la experiencia y la madurez de una persona muy duramente forjada y cincelada en los avatares de la vida, en esa maravillosa aventura religiosa a la que le había lanzado el Señor.

Aquel temor respetuoso, sin embargo, pronto se desvanecía del ánimo de aquellas aprendices de monjas, y, tan pronto calaban en lo hondo de su recia personalidad, en el calor de lo profundamente humano y materno -y para esto la juventud dispone de un olfato especial- corrían en torno a la Fundadora en tiempos de recreación en la huerta. Esto la enorgullecía y, como gallina clueca con su nidada, se pavoneaba ante la misma Maestra de Novicias: «Mira, me prefieren a mí antes que a ti. Para que veas qué poco te quieren» dijo en alguna ocasión con intencionada sorna a una puntillosa Maestra.

Su celda era el lugar habitual donde gustaba permanecer y no sólo por ocupaciones del cargo. Tenía también otros lugares de su preferencia para el descanso y la reflexión: «Solía sentarse en el pasillo que separa los dos patios de la Casa Madre, y también bajo el parral, junto a la estatua del Corazón de Jesús», trae a la memoria la M. Sofía Blasco. «No era habladora ni le gustaban los corrillos», agrega. Ya lo dejó escrito la propia M. Elisea en una de sus cartas: «De almas parleras no se ha contado prodigio alguno» (cta. 59). Natural.

Una hermana desvela el secreto de tal parquedad en sus palabras: «Sabía escuchar». Prestaba la máxima atención a cuanto se le decía y como si en aquel momento no hubiese nada más importante: esto es una forma delicadísima de caridad fraterna a la vez que en esa atención silenciosa se escucha mejor el paso del Señor en los acontecimientos y cosas. Por eso «nunca salías de su lado sin un *algo* que te llevara a Dios» observa Hna. Josefina Serra, su sucesora en el generalato veinte años más tarde (1951-1963). Ni siquiera para los negocios sabía emplear el lenguaje contractual: «nunca hablaba de intereses, sino de caridad» confiesa admirada la dueña de la clínica de Lloret de Mar. El trasvase de las ideas y de los sentimientos propios por el tamiz de la caridad, del corazón de Dios, hace el milagro de la prudencia y de la palabra justa. Y porque «sabía escuchar», por eso sus palabras «eran sentencias».

## 18. VIDA DE AUSTRIDAD

Ya lo debía de ser por el hecho mismo de profesar monja en tiempos en los que lo ascético y lo normativo prevalecía sobre otros aspectos de una vida consagrada. Y no es que ésta haya de desentenderse de cuanto siempre será elemental en la misma vida cristiana, que ya hablaremos de ello más extensamente, aplicado a M. Elisea, sino que ahora nos referimos a su porte meramente externo, expresión de un estilo, de una vida.

La aparente adustez, incluso a veces hasta cierta hosquedad que M. Elisea manifiesta, según algunos testimonios, responden a un recio carácter que sin duda tenía. Por eso era durísima consigo misma e intransigente en sus apetencias y gustos. En ocasiones se le podía apreciar un acto de dominio: d« ¡Ya está!», exclamaba espontáneamente. Quienes la trataron muy de cerca dicen: «Se veía que tenía un temple fuerte, pero que lo había dominado mucho». «Carácter muy fuerte, pero se esforzaba por reprimirlo». Ciertamente. Nunca lograremos adivinar lo que de tensión y esfuerzo se esconde tras una sonrisa, tras un rostro aparentemente amable por naturaleza. No hay tal. La naturaleza la ha logrado el acto continuado y repetido, el hábito, eso que llamamos «segunda naturaleza», porque lo es.

Para lograrla, uno de los medios empleados por M. Elisea era la penitencia. Llevaba bajo el hábito una especie de corsé confeccionado de alambre «a raíz de la carne», se concreta. Las disciplinas eran mortales, de sangre. Alguna vez cierta religiosa se las quiso esconder. «¡No vuelvas a hacerlo!», reprendió. Aún existe la famosa habitación, una especie de cuchitril en la escalerilla del coro alto, donde se azotaba sin piedad y oraba. «Yo miré un día a su celda y vi cilicios y disciplinas. Yo llevaba la vela encendida... y lo vi», detalla. Esta misma religiosa, novicia entonces, quedaría vivamente impresionada al contemplar cómo

toda una M. General de la Congregación se ponía de rodillas los viernes en el refectorio y, tras besar los pies a la comunidad, pedía perdón públicamente.

Este durísimo trato que daba a su ya enfermizo cuerpo nunca se traslucía al exterior ni se podía adivinar. Lo del Evangelio. Y para sus monjas quería también el cuidado y el esmero en el porte, nunca la pulcritud afectada. ¿Habría cosa más ridícula que una relamida monja por causa de la presunción? ¿Y qué decir de una pobreza rebuscada y fingida, pero no vivida? Una religiosa iba trasladada a otra casa y portaba un deslucido hábito. A M.Elisea le pareció poco digno y le dio el suyo nuevo, quedándose con el usado del trueque. «M. Fundadora era así: lo viejo, pobre y usado para ella», atestigua la Hna. Desamparados.

El hábito de aquellas carmelitas, con sus capas blancas de entonces, era de una sobria elegancia que podría prestarse a la femenina vanidad en arreglos y detalles que nunca la Madre toleró. «Os quiero monjas guapas», advertía, pero sin remilgos. Ella misma daba ejemplo: «usaba un hábito desteñido, desechado, con remiendos», pero limpio como una patena. «Usaba unos zapatangos de caña larga», recuerda otra religiosa, y «alpargatas para casa»; sólo tenía dos velos de quita y pon». Otra religiosa añade: «Era muy trabajadora y mortificada. La veíamos con su bata blanca entre los albañiles ayudando y dirigiendo los trabajos».

Tenía, por tanto, su «traje de faena», principalmente para los trabajos de la huerta. Cuando esto acaecía, solía decir a las religiosas más jóvenes: «Poneos guapas que vamos de paseo». Alguna incauta novicia cayó en la trampa pensando iban de bureo. Lo cuenta una de ellas. «Pero una vez sí fue verdad -afirma- y me llevó de paseo». Era en Granada.

Se reía de las pobres postulantes a quienes se les vestía según costumbre de aquellos tiempos, totalmente de oscuro y con unos velos que parecían viuditas inconsolables. « ¡Ven acá, pajarito!», llamaba a la pobre que andaba desangelada, tuteándola con expresión de cercanía; le daba el toque en el aderezo y le quitaba la penitencia si es que era portadora de algún sambenito ridículo, como el llevar colgada una lengua de trapo por haber quebrantado el silencio. No desautorizaba por ello a la M. Maestra: «Ve y dile de mi parte que la penitencia está ya cumplida» (prefería la mortificación interior a lo puramente externo, sin mojigaterías, pero era norma.) Y cuando veía a una novicia contenta y, sobre todo, con buen apetito, sentenciaba: «Ya tenemos monja».





## 19. DESASIDA EN LO HUMANO

Un venerable sacerdote de Orihuela, D. José Alonso, recuerda a M. Elisea de esta forma: «Era muy paciente, bondadosa, siempre sonriente». Fue su peculiar estilo, pero, ¿a qué precio? En parte ya lo sabemos. Mujer de gran carácter y energía, supo lograr el total control de sí misma por medio de una vida áspera y sin concesiones a gustos o sentimientos, a pesar de que en razón de su enfermedad (era diabética entre otras dolencias) se la podría dispensar de muchas cosas. Su clásico «Ya está» le brotaba espontáneo después de haber resistido a la fácil tentación de probar un dulce, estímulo muy penoso de vencer para un enfermo de diabetes. En tales casos tenía sus especiales intenciones.

Esta sana ascética que M. Elisea practicaba hasta con santo humor hubiera quedado reducida a un mero ejercicio físico -como de gimnasio para estar en forma o de simple privación para el no engorde- si con ello no se hubiera trazado más altos objetivos. M. Elisea sabía muy bien, como claramente se desprende de sus escritos epistolares, que la misma vida es lucha, es combate. La ascética cristiana sólo tiene sentido en relación a la vida interior; la austeridad nos lleva al desprendimiento hasta lograr la auténtica libertad de espíritu, sentirse libre para vivir sin trabas humanas la vocación de amor, porque «el amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios», dice Juan de la Cruz; ésa es la razón de sus «nadas».

En su proyecto de vida no se contenta la Fundadora, ni para sí misma ni para sus hijas, con un simple ejercitarse en las diferentes virtudes como si de trozos de vida se tratara, desenganchados de un continuo seguimiento por el Camino que es Cristo (*hoy me toca la fe y mañana practico la caridad junto con la prudencia*). El Dios de Jesucristo se encuentra

sólo a través de este Camino recorrido, el Jesús de todos los días y a tiempo completo. Cuando se comparten amores no se vive ninguno y a todos se les traiciona. Esta es la idea central de todas las normas que M. Elisea deja caer a lo largo de su breve pero enjundioso epistolario. En la carta 15 dice esta frase lapidaria: «Hijas mías, cuidadito no se pegue el corazón... Que todas vuestras aspiraciones sean desasir vuestros corazones de las cosas de la tierra a fin de poderos unir con el Criador» (ella lo ha sabido decir mejor que yo sin tantos rodeos).

Este desasimiento total no es sólo devoto consejo de superiora, que siempre cuadra bien en persona constituida en autoridad como si hablara ex *cathedra*, no. M. Elisea lo ejercita y con rigor. Nunca hizo acepción de persona y menos con familiares; les ayudó tantas veces cuantas la caridad exigió, pues en esto no hacía distinciones. «Cristo te llama» solía decir cuando una hermana debía atender a un enfermo. Su misma sobrina religiosa, Hna.CeciliaOliver, dejó escrito un tanto dolida: «No me singularizó en nada».

Y esto no fue del todo verdad. Precisamente por mediar entre ellas doble vínculo, de sangre y hábito, la quiere doblemente santa. Se conserva una deliciosa carta dirigida a ella desde Murcia, precisamente para su onomástica, Sta. Cecilia, en 1924, año en el que no era Superiora General (es la n. º 56 de su epistolario). Por sí misma es todo un programa de vida espiritual. Pide a Dios que sea una religiosa modelo. «¿Quieres serlo?», le pregunta. «Pon en práctica cuanto te voy a decir». Y entre otras cosas escribe: A las religiosas «ámalas a todas con amor de verdadera hermana, pero que no te roben el corazón; éste, con todos sus afectos, has de reservártelo íntegro para Jesús. Que sea él solo el dueño».

Casos mil se pueden contar sobre su estilo de vida desprendida que las religiosas sus hijas han ido transmitiendo de unas a otras con singular muestra de simpatía y devoción. Bien conocido es aquel lance de una juniora, caudetana por más señas, que no tenía anillo para profesar y era llegado el momento de la ceremonia. M. Elisea no tuvo reparo alguno en desprenderse de su propia sortija y entregarla a la joven religiosa. Ni que decir tiene que toda su vida la conservó con particular devoción, y hasta se dice que obtuvo notables favores a cuenta suya.

Otra religiosa, en vísperas del Capítulo de 1928, estaba con M. Elisea allá en Barcelona y viendo que tenía unas hermosas tijeras que probablemente ya no iba a utilizar (todas sabían que sería reelecta General), se las pidió como recuerdo «cuando se vaya», le dijo. La Fundadora terció de inmediato: « ¡Hija mía! ¿Y para esto tienes que esperar a que me vaya? Tómalas ya». Y se las entregó al instante.

Ligera de equipaje, que diría el poeta, practicó la Madre la pedagogía del ejemplo. Carecía incluso de lo indispensable. En cierta ocasión «tuvimos que darle un velo y una toca nuevos», pues no tenía qué ponerse para salir de casa, se cuenta. Era también ocasión de mostrar agradecimiento a las hermanas y sentir la mutua dependencia tan esencial en la vida comunitaria. Para ello es vital el desprendimiento y M. Elisea lo sabía, lo vivía y lo recomendaba: «No sean capazos de basura», decía, cuando observaba a las religiosas cargadas de bultos y maletas con ocasión de cualquier traslado.

«Todo se acaba en esta vida y muchas veces antes (de lo que una piensa», escribe en una corta pero densa carta. Y empleando reiteradamente el diminutivo como expresión de íntima confianza y convincente argumento, continúa: «Y así vendrá todo y se acabarán fatigas y sinsabores de esta vidita

que tan atadita nos tiene a las aficioncitas de la vida, no sólo a lo malo, sino también a lo que muchas veces nos parece bueno... Porque sólo bueno es amar y servir a Dios y procurar hacer en todo su santa voluntad» (cta.64).

Nos parece estar oyendo a la Santa de Ávila cuando escribe que la suma perfección consiste «en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios que ninguna cosa entendamos que quiere que no la queramos con toda nuestra voluntad». «Y por eso el demonio «pone tanto *desgustos* y dificultades debajo de color de bien» (*Fundaciones* 5,10). Justo lo que termina de escribir M. Elisea: la suma perfección consiste en servir a Dios, ajustando a su voluntad la nuestra en todo, desasiéndonos incluso de aquello «que muchas veces nos parece bueno y... no sabemos qué será». Prudentísimas palabras de la Fundadora, un año antes de morir, alertando de tantos «carismas personales» que pueden arruinar la vida comunitaria y obstaculizan, sin duda muy seriamente, la plena libertad de espíritu ante lo que sólo es férreo amarre de nuestra propia voluntad «debajo de color de bien».

## 20. HASTA EL CALVARIO

Hasta el final; nunca a medias. La primitiva comunidad cristiana descubrió bien pronto las grandes riquezas encerradas en el misterio de la muerte de Jesús; su cruz fue acogida como manifestación eminente del amor de Dios. Así Pablo a los Romanos (5,6ss). Y aunque es cierto que en tiempos recientes se ha desplazado más la atención hacia la teología de la resurrección y de la liturgia pascual, jamás se podrá entender la una sin la otra; la pasión de Cristo siempre se habrá de entender como fuente de la redención y modelo de vida cristiana. El misterio pascual hay que vivirlo con la sabiduría de la cruz.

La escuela de espiritualidad carmelitana (si es que existe alguna escuela específicamente distinta de la meramente cristiana) se ha distinguido en la Iglesia por esta *sabiduría de la Cruz* en sus místicos como fuente de luz, de vida y de fuerza en orden a una íntima unión con Dios y como cooperación activa en su obra salvífica en el mundo. Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Magdalena de Pazzis... entre los clásicos; Teresa de Lisieux, Tito Brandsma y Edith Stein entre los más recientes, son muestras evidentes de esta recia escuela en la que se formó M.Elisea y de la que participó muy positivamente.

La vía ascética con todas sus «noches» o purgaciones no tienen otro objetivo que alcanzar la más íntima unión con Cristo y éste crucificado; es la máxima expresión del amor. Por eso M. Elisea no titubea en escribir a sus hijas, en aquellos «tiempos recios» del año 1931, estas patéticas palabras: «No tengáis miedo. A ser valientes con la valentía de los santos, y demostrémosle a Jesús que hay quien le ama y que estamos dispuestas *con su gracia* a llegar hasta el Calvario» (cta.68).

Hasta el Calvario. Por descontado que en aquellas fechas no podía ser una frase hecha, recurso fácil al tópico, cuando la

persecución sistemática a sus religiosas, la desbandada, incluso las deserciones, eran un hecho, hiriéndola tan en propia carne que es unánime opinión juzgar que dichos acontecimientos aceleraron su muerte.

En la última carta que de ella se conserva, y que algunos consideran como su «testamento espiritual», anima a sus religiosas a que «aviven la llama» y a demostrar «el verdadero amor al que tanto nos ama». Para ello no existen otros medios que «el sacrificio, la tribulación, la cruz.» Y el sacrificio, repite. «Bien merece Jesús que apuremos el cáliz» escribe a otra comunidad, y sintiéndose al límite mismo de sus fuerzas, como en un nuevo Getsemaní, exclama en queja contenida; «Y a mí bien acibarado me lo hace pasar» (cta. 70).

Expresión de humana debilidad ciertamente esta aparente queja, pero acepta el cáliz. Previendo este calvario escribe a las *Carmelitas Venezolanas* estas palabras premonitorias: «El Todopoderoso, de vez en cuando, nos *regala* alguna astillita de su adorable cruz». «Nos regala»: considera un don del cielo el dolor testimonial.

«Tenía predilección por la Pasión del Señor» afirma una religiosa (M. Jesús Nicolás). Era la celda de M. Elisea como un pequeño oratorio donde gustaba estar. Allí presidía un crucificado bajo un dosel rojo y al pie del mismo su reclinatorio. Familiarizada con la muerte y con un claro sentido de la brevedad y caducidad de la vida, veneraba sobre una mesita el cráneo de una hermana fallecida en olor de santidad y que ella como tal guardaba. Aquella calavera no era un signo macabro, sino expresión e hito de un camino, el del más allá: postrimerías que daban un profundo sentido a su vida. Lo acabamos de escuchar: «Todo se acaba en esta vida... antes que una piensa».

Sabemos también que dormía recostada sobre una cruz de madera, de unos 50 cm, que guardaba secretamente en el lecho. Para M. Elisea la cruz era la ciencia de todas las ciencias. « ¡Besad el Crucifijo que tanto nos enseña!» aconsejaba. Estaba cierta que para la santidad no hay otro camino. «Animémonos, pues, a sufrir, que es lo que hace santos. Y, ¡adelante!» (cta. 57). «¡Qué dulce es padecer cerca de Jesús, si es que sufrir se puede llamar a esto!», se la oyó exclamar en tiempos de durísima prueba. «Ofrecedlo todo a Él y veréis qué dulce se hace el sufrir». Murió M Elisea besando el crucificado, todo un gesto y símbolo de cuanto más había amado en la tierra.





## 21. EN CALLADO AMOR

Los silencios de M. Elisea le confieren una fisonomía moral de altos vuelos. Dios prueba a sus siervos en el yunque del dolor, del sufrimiento, pero el sello de su autenticidad es la callada respuesta. El silencio, como en el noble metal, es el contraste de garantía en la práctica de cualquier virtud. Es lo que afirma una religiosa, Virtudes Lluch, testigo de los grandes sufrimientos de la Madre, catalogando su silencio como «el mayor milagro» de la Fundadora.

Toda la historia de M. Elisea está llena de esos grandes silencios que sorprende y desorienta al investigador que se acerca y trata de seguir sus pasos. Ni se defendió cuando fue llevada a los tribunales por sus propias hermanas en los comienzos de la Congregación («Dios lo sabe todo»), ni jamás hizo el mínimo comentario sobre los enojosos acontecimientos del Capítulo General de 1922, simplemente porque nunca se consideró ni permitió ser considerada como víctima. A nadie acusó ni lloró su destino.

«Hemos de ser muy silenciosas, pues de almas parleras no se ha contado prodigio alguno, ¿lo entiendes, Hna. Cecilia?» le escribe a su sobrina un día de su onomástica. «Y así digo a todas las demás. Pues, bien, queridas mías: a sacrificar el corazón, no permitiéndole desahogo alguno que pueda desdorar al alma» (cta. 59). Estaba muy claro en el programa espiritual de M. Elisea: los «desahogos», los comentarios de exculpación y descargo son para las virtudes como para los sentidos los aromas, «desdoran» el alma y se pierden las esencias. Bienaventurados los silenciosos porque serán escuchados por Dios.

M. Elisea tenía muy bien aprendido este capítulo del tratado sobre la vida espiritual y sabía que las circunstancias históricas

son siempre signos reveladores del plan salvífico de Dios. Estos signos los supo leer principalmente en los acontecimientos del año 1931. Comprendió muy bien que el Señor la conducía por caminos a través de los cuales su fe, su amor y esperanza habrían de alcanzar subidos quilates. Una testigo presencial de los acontecimientos acaecidos en 1922 afirma: «M. Elisea sufrió mucho al ver la dispersión e ingratitudes de unas y otras, pero su actitud fue de gran resignación; no dijo nada ni se quejó de nada». Bien pudo tener presente aquel dicho de Juan de la Cruz, tantas veces citado: «La mayor necesidad que tenemos es el de callar a este gran Dios... cuyo lenguaje que Él oye sólo es el callado amor».

## 22. CAMINANDO EN LA VERDAD

Se veía pequeña e insignificante en las manos de Dios, pero siempre confiada, porque, consciente del luminoso principio de nuestra filiación divina, vivía en plenitud su condición de hija de Dios, fuente de gozo y de confianza sin límites. Cuanto más se patentiza el humano desvalimiento y la pobreza de la criatura, mejor brilla la divina omnipotencia del creador, mayor garantía de las predilecciones del Señor en su dimensión paterna. A esto se llama caminar en humildad, caminar en la verdad, que es lo mismo, según el principio si no original, sí popularizado por Santa Teresa. Todo lo demás sería andar en la mentira de nuestra autosuficiencia idolátrica, la de la soberbia propia de los hijos de satanás.

Pero oigamos, mejor, a la propia M. Elisea que sin tantas elucubraciones nos viene a decir lo mismo y de forma más sencilla. Se trata de un consejo confidencial a M. Angélica Badosa, otra alma grande de la Congregación, quien le había escrito «contándole una penita interior. Como ella penetraba nuestro espíritu, conoció que en lo que le decía había amor propio, por lo que me contestó tan atenta (no era entonces General, sino superiora de Barcelona), dándome los siguientes consejos», (y transcribe a continuación):

*«Ahora es cuando yo quiero ver a la religiosa de buen espíritu... No des oído al amor propio, que todo lo quiere invadir y en todo quiere mezclarse, sino que fructifique en ti sólo la virtud santa de la humildad, la que caracteriza a las almas de buen temple. Y desterrad del corazón la soberbia que no hace otra cosa que hijos de satanás» (cta. 58).*

«Rogad a Jesús por esta pobre hermana» era una frase con la que concluyó alguna de sus cartas: la última de cuantas hasta

hoy se conservan termina «suplicándoos me encomendéis a Dios. Esta pobre carmelita, vuestra indigna madre», Elisea María Oliver «Esta pobre carmelita que le suplica le bendiga», escribe a su director el P. Ortiz. Tampoco aquí es formulismo de cortesía social, sino la expresión de un sentimiento profundamente vivido. La posdata de la misma misiva refrenda este último aserto.

Era a raíz de los tristes acontecimientos de 1922; había transcurrido casi un año y las aguas aún bajaban revueltas. Hace un recuento global de la situación a quien por tantos años se había preocupado de la Congregación, principalmente en su aspecto jurídico y espiritual, y le agradece la invitación que le hace de ir al santuario de Cueva Santa: Dígale a la Santísima Virgen, «en mi nombre, alguna de aquellas cosas que puede suponer yo le diría». Al final de todo, y en forma de apostilla confidencial, comenta una frase del P. Elías que transcribe: «Quiero llorar y gozar con vosotras... Cuídese mucho, pues no quiero disfrute *alguien* viéndola enferma».

Y comenta: «Padre Elías, quiero que vea una vez más lo pobrecita que soy y... qué sentimientos tan mezquinos tengo». «Dios se lo pague y ruegue por mí, pues por lo que me satisfacen esas palabras comprendo lo pobrecita que soy».

Desconcierta la expresión por la finura y elegancia de espíritu que manifiesta. Que en aquellos momentos de conflicto en los que hasta el sufrimiento y la enfermedad podrían ser catalogados como castigo reivindicativo de Dios en pago de una supuesta culpabilidad que realmente no existía, era fácil tentación incluso por parte de religiosas tenidas por muy devotas y espirituales y según su esquema de valoración de los hechos. Así lo da a entender el trozo citado de la carta del Padre Elías Ortiz: *no quiero disfrute alguien viéndola sufrir*.

No dejaba de ser un consuelo muy humano en un corazón herido, cosa que M. Elisea agradece en aquellos momentos de soledad. No rehuían estos consuelos los santos, incluso los buscaban, como Santa Teresa, sin ir más lejos. Sin embargo considera que esa misma satisfacción producida en su alma le hace ver un estado de disociación; considera que no existe total aceptación de los planes misteriosos de Dios manifestados en aquellas circunstancias y que su filial abandono en Él aún queda lejos. En el esquema del conocimiento que de sí misma tenía M. Elisea suponía claudicar, salirse del caminar en verdad.

En este comentario de íntima confianza, como arrancada de una página de su autobiografía que nunca escribió, se esconde el fundamento y base de su vida teologal: ver todas las cosas en pura fe y valorar los acontecimientos a través de la voluntad de Dios, confiando amorosamente en sus misteriosos designios. Una idea, expuesta en carta circular de 1910, avala cuanto venimos diciendo: «La Providencia de Dios lo dirige todo por sus pasos sin violencia, pero con un fuerza irresistible, sirviéndose de medios que escapan a nuestra ignorancia y de instrumentos que nos parecen los menos aptos para los elevados fines que Dios se propone». Y una vez más a las monjas de Brozas les insta a que vivan en autenticidad, «como religiosas de verdad», porque de esta forma «no faltará el Señor» (cta. 11).



## 23. MUJER ORANTE

La verdadera talla espiritual de M.Elisea quedaría incompleta si no se la presentara bajo esta dimensión de orante, como mujer de oración. Es su auténtica definición como persona y como creyente, pues, mediante una vida de oración nuestra Fundadora llega a la verdad de su existencia, descubre su vocación y se lanza a vivirla, respondiendo a una llamada de Dios captada en la intimidad de la oración, y confiada siempre en su Palabra.

Nuestra fe subraya la iniciativa de Dios: Él nos amó primero. Y tanto mayor será el progreso de la vida espiritual del hombre cuanto más atento y agradecido esté al don que se le hace. Es la manera de hallarse a sí mismo, en la escucha y en la respuesta a Quien es origen de la vida; en Dios encontramos nuestra propia identidad porque nos descubrimos a nosotros mismos.

Sólo en la oración es donde se vive con intensidad el momento presente y las realidades últimas de la vida porque, al reconocer a Dios como Señor de la historia, se vuelca el corazón en actos de adoración y agradecimiento por cuanto nos ha dado en el pasado, y, a la vez, se aviva la esperanza ante el futuro incierto, pero seguro en las manos de Dios. Nada de extraño, pues, tiene el que, desde la primeras horas de la mañana, M. Elisea ya se encontrara en adoración ante el sagrario, o en el último rincón de la capilla. Así la sorprendería una novicia quien, por razones de estudio, tenía permiso para levantarse a las cuatro de la madrugada.

Era una forma de poner a la congregación en las manos de Dios en el futuro incierto de la jornada, antes incluso de que surgiera el día. Rogaba por su familia religiosa y recordaba a las monjas que el orar por la congregación era preceptivo. «Sabed que es

uno de vuestros primeros deberes». Así consta que se hacía en su presencia a la caída de la tarde, cuando se rezaban las preces vespertinas ante aquella sugestiva imagen del Carmen que aún sigue presidiendo en la Casa Madre, altar y templo. Horas más tarde, en el silencio de la noche y antes de retirarse al descanso, M. Elisea repasaba en su mente, como las cuentas del rosario, casas, personas, sucesos... de su Instituto. «Nunca me acuesto sin que paséis todas por aquí» decía, señalando con el dedo ese lugar de la frente donde se dice se aloja el pensamiento. Alguien que lo vio, lo cuenta.

Que antes de que despuntara el alba M. Elisea estuviera ante el Señor del Sacramento y que al final de la jornada diera repaso a la entera congregación, no quiere decir que la vida de oración de la Madre se compusiera de actos aislados y desconectados de la vida; no era en ella un «repostar» en la plegaria, un suministrarse de energías cuando se agotan reservas como si de un supermercado se tratara. Ni es ése el concepto de oración que en el Carmelo se tiene ni fue tal la actitud oracional de M. Elisea. El *contemplataaliistradere* que decían nuestros clásicos, el volcar a los demás como apostolado el fruto de la contemplación, no significa un acto de disociación en la vida religiosa carmelitana, sino que la vida contemplativa es una dimensión de la misma vida del Carmelo, esencial junto con su aspecto mariano y profético. M. Elisea lo tenía muy claro, además de vivirlo: «LAS CARMELITAS SIN ORACIÓN NO SON CARMELITAS» se la oyó decir muchas veces. Así de claro y rotundo. Por eso sus hijas se consideran en su vida de apostolado como «contemplativas en acción». *Nomenestomen* (realidad y nombre deben corresponderse).

Meditaba M. Elisea sobre la Sagrada Escritura, cosa «que no era corriente en aquellos tiempos», apostilla quien lo afirma. Y hemos de confesar que nos agrada supremamente el haber



hallado este testimonio que nos habla de la auténtica escuela de oración, savia y alimento de la más personal experiencia. Al contacto con la Palabra de Dios el orante toma conciencia de la relación existente entre el misterio de la fe, cuya luz reaviva y personaliza, orientando toda su existencia hacia Dios con una visión puramente contemplativa de las cosas.

En este contexto es donde hay que colocar el continuo y perenne *Alabat siga Déu* de M. Elisea, expresión de sus múltiples sentimientos que bien podían ser de acción de gracias, de alabanza, como de conformidad o aceptación de cuanto acaecía, es decir, exponente de una visión contemplativa de las cosas. «Tened mucha presencia de Dios porque de esta presencia os vendrá la guarda de todas las cosas» aconsejaba. «Orad mucho, levantad vuestros corazones al cielo de donde lo hemos de esperar todo» (cta. 68).

«Los amigos siempre se encuentran» era un dicho de la Madre de inconfundible sello teresiano. «Basta ver una flor, una hoja, el cielo... para levantar el alma a Dios». Consecuente con esta idea, un día, paseando con una novicia por la huerta y viendo una planta caída le dice: «Hija mía, levanta esa planta para que alabe a Dios». Es una prueba más de esa actitud de orante, existencial en la M. Elisea, y que se ajusta perfectamente a la más genuina tradición carmelitana de poner en práctica el precepto de la Regla del orar sin interrupción, a tenor de cuanto el Señor nos ordena: «*es preciso orar siempre sin desfallecer*» (Lc 18,1). Por esto nuestros grandes maestros nos recomendaban utilizar todos los medios que el mismo Señor nos ha dado: el entendimiento y la voluntad; es lo que llamamos oración afectiva o aspirativa, la única forma de tener la mente ocupada en Dios y de que Él, a su vez, ocupe nuestra mente y corazón.

En la guarda y práctica de esta presencia se entienden tantas actitudes y gestos de M. Elisea. A veces eran quejas amorosas con el Señor por las «faenas» que le hacía. En cierta ocasión se la oyó esta exclamación: « ¡Jesús mío, qué cosas haces conmigo!» (fue en Granada concretamente). En tiempos de grandes sufrimientos era en la oración donde más traslucía el dolor; alguna religiosa pudo observar: «La veía caérsele las lágrimas, llorar en silencio». Muy hermosas las ideas vertidas en el n.º 44 de las actuales Constituciones de la Congregación al recoger el sentir vivencial de la Fundadora: el silencio, la soledad, el recogimiento habitual, la austeridad de vida... como condiciones necesarias para crear el ambiente de oración. También la austeridad, sí, la que practicó crudamente M. Elisea, porque está claro «que regalo y oración no se compadece» (*Camino* 4,2). Muy presente debió tener M. Elisea este principio de la Santa de Ávila.

Digamos por último la grande estima y confianza que tenía la Madre en el valor impetratorio de la oración y de su eficacia: « ¿Rogáis por mí?» escribe a una comunidad. «Sabed que mucho lo necesito. ¿Pedís por el aumento de la Congregación y su mayor santidad?...» Y recuerda que éste es «uno de vuestros primeros deberes» (cta. 9). Lo suplica y casi lo mendiga en ciertas circunstancias en las que se ve agobiada: «No dejéis de rogar por esta pobrecita que, por cierto, estoy muy necesitada» (cta. 43). Y cuando las jóvenes novicias y postulantes se han propuesto hacer especiales oraciones en su última enfermedad, sabida que es llegada su hora, suplica esta vez y por caridad «que no pidan más, que están tentando al Señor».

## 24. MUJER DE ACCIÓN APOSTÓLICA

«Los miembros de cualquier Instituto, buscando ante todo y únicamente a Dios, es menester que junten la contemplación, por la que se unen a Dios, con el amor apostólico, por el que se esfuerzan para asociarse a la obra de la redención y a la dilatación del reino de Dios». De esta forma el Vaticano II (PC 5) ha sabido superar el dualismo existente durante tanto tiempo entre vida activa y vida contemplativa, fruto de la cultura filosófico-teológica de otras épocas, motivo de tensión entre los miembros de una misma orden, como la del Carmen, sin ir más lejos.

La oración auténtica, la verdadera unión con Dios, debe estar unida a la vida puesto que por ella se percibe a Dios como salvador y se agudiza el deseo de ser portadores de esta salvación. «*Charitasurget nos*». Una vida de contemplación ajena al mundo que le rodea es simple alienación. Y, al revés, una vida volcada totalmente al apostolado sin un soporte profundamente oracional, es vana acción demagógica, pura charlatanería.

«Por eso nos decía que teníamos que llenarnos de Dios para luego dar» dice de M. Elisea una de sus religiosas. Consta por muchas fuentes documentales el cuidado exquisito y el empeño que tenía en la formación de las futuras religiosas. Por ello el noviciado estuvo siempre en la Casa Madre y bajo la tutela directa de la M. General. M. Elisea intervenía muy directamente en la formación de las candidatas. Dirigía personalmente los días de retiro e incluso alguna vez dio los ejercicios espirituales, «mucho mejor que un cura», se dice.

Hay una época excepcional en la vida de M. Elisea en la que se nos muestra desbordante en la acción pastoral. Son los

años de su cese en el generalato por haber colmado todos los sexenios posibles, (1922-1928). Fueron estos años de Granada y Barcelona los más fecundos en su apostolado asistencial y en los dos proyectos más importantes que en este campo había tenido hasta entonces la Congregación. En ambas fundaciones supo dar la impronta de su sello personal. Desasida de las preocupaciones de gobierno y con sólo el «*fidelium*», como decía con gracia, goza de las mieles del apostolado directo en la asistencia de enfermos. Su ejemplo testimonial dará impronta de credibilidad a todo cuanto de palabra o por escrito había dicho.

La profunda vida interior de M. Elisea le reportaba un aire, un estilo personal muy singular que frisaba entre la energía arrolladora y el sosiego calmo, nunca con prisas ni precipitación de asfixia, sino dejando a su paso una estela de paz y de seguridad. Sabía cubrir todos los frentes dado su fino olfato de observación; donde había una necesidad, una urgencia, allí se hacía presente. Alguien en Granada, al parecer un médico, preguntó a la Madre cómo era posible tal despliegue apostólico con aquella energía y aquel contento con el que lo solía hacer. «*Soy hija de Elías-contestó-; el celo me devora*».

«Hija de Elías». Ahí estaba el secreto. El Padre Espiritual de la Orden del Carmen es el modelo de hombre de vida interior, hombre de oración: «Vive Dios en cuya presencia estoy» (1Re 17,1), y el mejor celador de la gloria de Dios: «Ardo en celo por el Señor Dios de los ejércitos» (1 Re 19, 10 y 14). M. Elisea no concebía la entrega apostólica sin el soporte de una fuerte espiritualidad como base firme de toda acción. Pienso que está plenamente logrado, y en línea con el pensamiento de M. Elísea, el n.º 33 del Directorio de la Congregación cuando expresa: «La oración, como actitud de vida, coloca a Dios en el centro de nuestra existencia, nos hace vivir en constante

referencia a Él, (y) descubrimos su rostro en el corazón de los hermanos». M. Elisea hubiera aprobado con gozo este texto; sabemos que al referirse a los enfermos y necesitados su frase era ésta: «Son ellos la imagen de Jesucristo».

Sería muy interesante estudiar a fondo el pensamiento de M. Elisea sobre la acción apostólica, tanto en lo asistencial sanitario como en la enseñanza y en el amparo a la ancianidad. Todas las congregaciones religiosas femeninas surgidas a lo largo y ancho del siglo XIX responden a unas mismas necesidades y con las mismas, por no decir idénticas, características. Es cierto que existen entre ellas diferencias específicas en cuanto a su espiritualidad (escuelas) y el carisma fundacional, pero las homogéneas tareas a las que se entregan en su acción pastoral casi las diluyen, quedando tan sólo un toque diferencial que antes clamorosamente se empeñaban en manifestar en cuanto al atuendo monjil y que hoy apenas si se limita al «calor» de familia.

Interesante, digo, por cuanto este aspecto juega papel de no escasa importancia en la denominada «crisis de identidad» y la mirada hacia sus fuentes de inspiración propugnada por el Vaticano II. Y no cabe la menor duda que las primeras experiencias de vida religiosa en los inicios fundacionales imprimen carácter carismático en toda Institución. En esta perspectiva el dicho tan conocido de M. Fundadora: «Llegamos nosotras donde los demás no llegan» habría que estudiarlo en la disyuntiva de si fue frase ocasional, originada por unas determinadas circunstancias, o sello personal heredado por la entera Congregación.

Lo que está fuera de toda duda es que M. Elisea practicó personalmente esta consigna. Muchas de sus fundaciones, tanto por el lugar desolado como por las condiciones exigidas

(causa por la que otras congregaciones habían abandonado tal ministerio), lo avalan. Quedan testimonios de casos vergonzantes que la Fundadora personalmente atendió. Conocida era la triste situación de un anciano canónigo de Orihuela, D. Vicente Blanco, a cuyo cargo estaban dos hermanas ancianas y enfermas, en estado límite, tanto en lo físico como en lo mental. Vivían muy cerca de Casa Madre por lo que su asistencia podía hacerla sin ser notada. Alguna vez le acompañó una joven religiosa quien lo cuenta: «Yo también con una postulante iba a cuidarlas de noche. Un día vine llena de piojos».

Sobre este apostolado de asistencia a domicilio, que en un principio se practicó, M. Elisea tiene las ideas clarísimas que afortunadamente nos han llegado vertidas en una carta de 1916:

*La misión que van a desempeñar en ese pueblo ha sido muy deseada; quiera el Altísimo la desempeñen para satisfacción de sus almas, gloria de Dios y bien espiritual de los prójimos nuestros hermanos... Pues, bien, hijas mías, que nuestro Señor les conceda las gracias necesarias para poder desempeñar tan difícil empresa y salvar por vuestra mediación algunas almas. Procuren alentarse las unas a las otras y desafiándose por ver quién trabaja más, ama más y se sacrifica más para dar gloria a Dios y a nuestra Madre Santísima, y de este modo granjearnos un trono de gloria(cta. 30).*

Y para que no quede todo reducido a bellas exhortaciones, da también unas pinceladas de tierno humanismo («que no os falte nada de lo necesario») y de gran realismo: que vayan de dos en dos, que sean de cierta edad y experiencia, que «no sean tontas y otras cosas más» (cta. 20).

Don y ministerio del que hablamos al principio, de talante contemplativo-apostólico, «auténtico patrimonio comunitario que ha de conservar y enriquecer» la Congregación, tal como expresan las Constituciones (art. 3). Y aquí radica la clave, tanto de su originalidad como de su fecundidad, si en fidelidad se vive. Todo lo cual nos lleva a la consideración de la fraternidad, de la misión fraterna y comunitaria de toda Institución, ámbito de misión y de vida, (interesantísima esta dimensión comunitaria de la responsabilidad misionera de todo Instituto). El carácter comunitario y fraterno de la misión, eso que hoy llamamos «proyectos», lo precisa M. Elisea en términos de «autenticidad»: «Portaos como religiosas de verdad, que no faltará el Señor». Y a continuación da su visión particular en la labor educativa: «Procurad instruir a los niños en la ciencia de los santos, *que es el fin principal*» (cta. 11). Del fiel cumplimiento del proyecto comunitario emanará como fruto la alegría, porque la vida religiosa no es otra cosa sino «servir a Dios con alegría».





## 25. DESBORDANTE HUMANISMO

Tal vez este rasgo, según el canon y parámetros de las antiguas hagiografías, no se nos hubiera permitido exponer en una *vida edificante*. Sin embargo, nos parece que es la nota más característica del talante de M. Elisea. Nos lo termina de decir: «la vida religiosa es servir a Dios con alegría». ¿Y existe algo más humano que la sonrisa, el gozo de vivir plenamente una vida consagrada como realización existencial? Los grandes santos han sido todos, sin excepción, de una entrañable transparencia humana hasta el límite mismo de su desvalimiento e impotencia, de su indefensión y pecado que jamás disimularon. El reflejo más cercano siempre se ha visto en ese tremendo misterio de la Encarnación del Verbo y su celebración de la Navidad, fiesta de gozo y alegría: *la ternura y la bondad hechas carne en un Niño que sonríe*. Es decir, la más humana expresión de la bondad infinita.

A M. Elisea le encantaban las fiestas, principalmente éstas de Navidad. Consta de qué forma participaba y con qué garbo y aire bailaba y tocaba la pandereta. Algunos de sus villancicos, que entonaba con primorosa voz, han quedado como ya tradicionales en la congregación. Contagiaba su alegría porque se transparentaba como alma sencilla y sin complicaciones. También era para ella una estupenda atalaya de observación: tanto en las fiestas como en los juegos conocía a sus religiosas a las que obligaba a participar y a romper actitudes reservadas y de complejos, cuando no de orgullo, contra el cual se mostraba inmisericorde. Excelente pedagogía.

Carecía M. Elisea de ese sentido del ridículo tan propio de personalidades complicadas y se mostraba cual era; de ahí su estilo de «empaque», como algunos la definen, de elegancia y señorío, de exquisito y amable trato. Ya lo dijimos. Y todo

en razón de esa desbordante humanidad y constante buen humor, en sintonía perfecta con una de las características del carmelitano carisma. Porque, contra toda opinión vulgar que se pueda tener de la vida del espíritu, cuanto más se vive en Dios mejor centrado se está en lo humano y terreno. Y al revés, sin claros rasgos humanos, ya pueden los santos hacer milagros, que nunca serán creíbles.

Una vez más nos hallamos en dificultades a la hora de seleccionar algunos de los mil casos constatados y que nos revelan otras facetas mil del humanismo de M. Elisea que nos la hacen tan cercana y familiar, a la vez que de arrolladora simpatía. Basta leer sus cartas. En todas ellas -rara la que no- es constante la preocupación por los detalles más nimios de sus religiosas a fin de que nada les falte; pregunta por todas y quiere tener noticias de todas y de todo cuanto acaece. Lo mismo hace ella. Comunica las cosas de familia porque sabe se alegran todas: cuántas novicias y postulantes hay, las que profesan, qué se hace en Casa Madre, desde la confección de un mantel de flecos dorados para el altar hasta una lámpara que está haciendo para la capilla de una comunidad, rogando a la vez guarden el secreto para la salvaguarda de la alegre sorpresa.

Esta misma experiencia de comunicación directa epistolar quería que las religiosas la tuvieran para con sus propios familiares, gesto que es de valorar en una época en la que era norma casi «canónica» entre las instituciones religiosas el «romper con el mundo», incluida la propia familia, prohibiendo cualquier clase de relación. Al observar M. Elisea que alguna religiosa no cumplía con este filial deber, que al fin no era sino el cumplimiento del cuarto mandamiento de la ley de Dios, amonestaba diciendo: «No hagan sufrir a sus padres», argumentando convincente que «ya sufrían bastante con la separación» como para añadirles un nuevo sacrificio.

Sabemos que combatía con cuantos medios hallaba a su alcance cualquier tipo de «corrillos», de amistades particulares y de círculos cerrados entre sus hijas a fin de no romper la franca y cordial relación de afectos que debía existir siempre entre los miembros de sus comunidades, sin acepción de personas. Sin embargo, nunca quiso se quebraran los afectos existentes por vínculos de sangre. Y era el caso que en la congregación profesaban hasta tres miembros de una misma familia como podían ser las hermanas Badosa y las hermanas Fornés. De estas últimas consta por una de ellas, Socorro, que llevaban por aquel tiempo sin verse la friolera de casi ocho años. Se le pidió a la General la posibilidad de un encuentro. « ¡Pedigüeñas!» recriminó cariñosamente M. Elisea, y de inmediato puso los medios para que así se llevara a efecto. «Nos pasamos las tres casi un mes aquí en Orihuela» recordaba gozosa Socorro.

Una ecónoma se hallaba apuradísima porque las cuentas de la comunidad no le cuadraban y debía mostrar los libros de su gestión económica a la inspección de la Visita Canónica cursada por la M. General. Le faltaba algún concepto que no recordaba, o que se había olvidado de anotar, y no sabía cómo justificarlo. Viendo tales ahogos, la propia Madre le dio rápida solución: «Por *gastos varios*, pon tanto, y ya verás cómo te cuadra». Fórmula mágica a la que recurren no pocos administradores sin los escrúpulos de aquella buena monja.



## 26. ENTRAÑAS DE MADRE

Es quizá el rasgo más sobresaliente de su tierno humanismo. «Era una madre» son concordes en declarar todas las religiosas que de cerca la conocieron y la trataron. Tal vez para sus religiosas sea esta palabra la que mejor la defina. Cuidaba de las más jóvenes con verdadero instinto maternal: «Ven aquí, pajarito», le dijo a una novicia en cierta ocasión a la que vio un tanto demacrada, no se sabe si por falta de una adecuada alimentación o por una dieta penitencial mal entendida, que eso no lo dice. Lo que sí atestigua es que la mandó a la cocina con órdenes expresas de que le dieran merienda especial.

En otra ocasión observó (y en el Noviciado ocurrían casos a montones) que una novicia fue reprendida por dormirse en el tiempo de la oración; M. Elisea llamó aparte a la M. Maestra y le dijo: « ¿Es que ya no te acuerdas de cuando a nosotras se nos caía el libro de las manos? Ya le llegará la edad en la que no se le caiga», (la avispada novicia alcanzó a oír estas palabras). Otra vez, en Granada, pudo observar que una Hermana, poco avezada en la vigilancia de enfermos en el turno de la noche, lo hacía con mal disimulado recelo. La primera vez que le correspondió la guardia bajó la entonces exgeneral a las dos de la madrugada para hacerle compañía. «Sé que tienes miedo», se justificó.

Una postulante recién llegada a Casa Madre lloraba al principio, tal vez por añoranza del hogar paterno, por la ausencia de sus familiares, o quizá por las dos cosas a la vez. Lloraba. M. Elisea la vio y, llevándola aparte, la consoló diciendo: «Yo también lloro muchas veces, ¿sabes?». Otro rasgo humanísimo se nos muestra en esta candorosa historia. Viajaba la M. Fundadora en compañía de una joven religiosa tras una agotadora jornada; al acomodarse en el tren le dijo a la acompañante: «Deja que ponga mi cabeza en tu hombro, Teresita».Y durmió tan plácidamente que desde Cieza a Orihuela ni pestañeó en todo el trayecto, según contó muchas veces y, no sin cierto orgullo,

la protagonista. No sólo los niños saben por instinto de quien fiarse. Y algo que tiene que ver con la gallina y sus polluelos es la siguiente anécdota. Cuando llevaron los milicianos de Alicante a Orihuela en un camión a las monjas expulsadas en 1931, al verlas sin daño alguno, ordenó que se mataran las mejores gallinas del corral y se les hiciera un arroz para aquellos militares republicanos. « ¿Después que nos echan, Madre?, objetó una religiosa. «Sí», dijo simplemente. Era tal el gozo de tener a sus hijas a su alrededor sanas y salvas que ya se podía quedar vacío el gallinero.

Esto que contamos a continuación lo recogió el P. Rafael López-Melús de la citada M. Josefina Serra a quien sucedió. Hubo de reprenderla en cierta ocasión por lo que se mostraba un tanto distanciada y seria para con la M. Elisea; ésta, como siempre, aguardaba el momento. Y llegó. Regalaron a M. Josefina una pluma estilográfica para cuyo uso debía pedir permiso por aquello de la santa pobreza. «Puedes quedártela», le dijo. Y como viera que aquélla era buena ocasión para limar diferencias, le rogó: « ¿Por qué no la prueba Vuestra Reverencia?» Sin mediar palabra alguna, escribió sobre un papel la Fundadora: «Te quiero mucho».

Aparte anécdotas y casos sin cuento, este rasgo maternal es el que mejor puede observarse a lo largo del corto epistolario que se ha podido rescatar. En sus cartas se preocupa del estado físico y espiritual de cada una de las religiosas, fomenta la comunicación directa y personal con todas y cada una de las monjas («no debéis privarme de esta alegría» se quejaba cuando no recibía noticias) y se identificaba en todos sus afanes: «sus penas son mías y sus alegrías también» (cta. 30). «¡Cuántos deseos tengo de daros un abrazo!» exclama cuando son largas las ausencias (cta. 12) y ruega: «¡Contádmelo todo!» (cta. 20). Quiere hacerse presente ante los bienhechores y recomienda se muestren siempre agradecidas. Una frase tal vez lo resuma todo: «Estoy sumamente contenta porque vosotras lo estáis» (cta. 29).

Hay una carta, finalmente, que muestra con desconcertante realismo y cierta dureza cómo una superiora nunca debe claudicar de sus deberes de madre que jamás han de tener límites; la caridad va más allá de la ley y de la norma. Escribe esta carta a la superiora de Brozas a la que, por otro lado, estimaba en extremo, a quien sin ambages dice: «Voy a darte una corrección». Se trata de una religiosa enferma a la que parece se descuida. Piensa la superiora que a todas por igual hay que aplicar las normas establecidas para la observancia regular, con todo rigor y sin flexibilidad alguna. Le insta a que muestre en estos casos «el cariño que entraña el corazón de una madre, porque has de creer, hija mía, que a todos no nos ha hecho el Señor iguales, y ver que una hermana... no tenga una persona que se interese por ella con caridad, es muy triste» (cta. 34).





## 27. SU FACETA MARIANA

El breve boceto biográfico o perfil espiritual que estamos tratando de delinear sobre M. Elisea Oliver no estaría completo si omitiéramos esta dimensión mariana de su recia espiritualidad. Desde el momento de su opción religiosa y su predilección por una congregación mariana hasta la hora de su muerte, besando al mismo tiempo que el santo crucifijo el escapulario del Carmen, todo el itinerario espiritual de M. Elisea está jalonado de una intensa vida mariana. No podía ser de otra forma. Constituye, además, la faceta más hermosa y atrayente de toda su trayectoria existencial.

Comprometida hasta el fondo en su opción religiosa a través de su Congregación y en servicio de la Iglesia, no halla otra meta ni otros objetivos de más precisos contornos que la gloria de Dios y de la Virgen Santísima. «*Lo que no es servir a Dios todo es mentira*», escribe en la Navidad de 1916. Y señalando la misión concreta de la comunidad en una determinada población, lanza un reto de estímulo a cada una de las religiosas «para ver quién trabaja más, ama más... para dar gloria a Dios y a nuestra Madre Santísima».

Signo de predilección materna y muestra de amor por parte de la Santísima Virgen para con su joven Congregación considera la afiliación oficial a la Orden del Carmen en 1905. Y en la carta circular convocando al Capítulo General de 1910 estima que, en la aceptación reverencial a cuantos acuerdos se tomen en aquellos comicios, se ha de demostrar «que *somos dignas hijas de nuestra queridísima Madre la Santísima Virgen María del Carmen*» a la que pone como intercesora a fin de que sus plegarias «sean oídas de nuestra Santísima Madre y, presentadas por Ella a su divino Hijo, se conviertan en lluvia de

gracias sobre el Instituto». Y se firma oficialmente «Hna. Elisea María Oliver». «A M. Elisea le gustaba que todas nos llamáramos 'María'. Ella siempre lo llevó», asevera una religiosa.

Entre las innumerables anécdotas de carácter mariano que de M. Elisea se cuentan está aquella famosa acaecida en El Bonillo, en 1910. Le avisaron que se estaba muriendo la Hna. Eugenia M. <sup>a</sup> Ten, natural de Onda, religiosa que siempre se había distinguido por la práctica fiel de la obediencia y su angelical piedad mariana. Como habría de tardarse algunos días en llegar, ordenó se le dijera a la enferma: «Espérate. No te doy permiso para morirte». Y lo cumplió la moribunda. A su llegada le contó a la General por señas que había visto a la Virgen, pues no podía hablar. «Dile a la Sma. Virgen que se quede con nosotras a rezar el rosario». Y al terminar, se cuenta, expiró como una santa. Al descubrir sus restos años más tarde, M. Elisea recogió con devoción su cráneo que conservó en su celda hasta su muerte.

Divulgaba por todos los medios de que disponía la devoción mañana. Repartía a los niños estampas y escapularios, como alguien evoca de cuando era niña en la fundación de Las Encebras. Hay también quien rememora la canción que en la infancia le había enseñado M. Elisea; nunca se le borró de la memoria. Decía así: *Madre mía que estás en los cielos / envía consuelo a mi corazón. / Cuando triste, llorando, te llame/ tu mano derrame feliz bendición.* Y un antiguo oficial de carpintería de Orihuela, que en su juventud había trabajado muchas veces en Casa Madre, diría años más tarde: «Recuerdo que fue ella quien me enseñó la costumbre de saludar a la Virgen con un *Ave María* al dar la hora», práctica que aún mantenía.

Un día regresaba M. Elisea de Palacio, acompañada de otra religiosa, como de costumbre, muy desalentada por no

haberle concedido el señor obispo algo que le había solicitado con premura. Al pasar por la iglesia de las santas Justa y Rufina en Orihuela, se detuvieron para encomendarse a la Santísima Virgen con el rezo de las *Siete Avemarías*. Al llegar a casa ya estaba allí esperando un sacerdote para anunciarle de parte del prelado que la petición estaba concedida. Por eso en la Congregación se guardó durante años la costumbre de tal rezo mariano, (muy grande debió ser la gracia obtenida).

Las devociones marianas en M. Elisea no eran exponentes de una piedad meramente emocional, sino expresión de una vida. De ahí el que brotara espontánea cualquier ocasión para enseñar a amar a la Virgen. Lo mismo interrumpía un trabajo entre obreros para rezar el «Ángelus» como enseñaba canciones a los niños o repartía estampas. Desde Caudete, y en aquella casita primera, ya se cantaba con toda solemnidad la *Salve* a la Virgen todos los sábados. Sabemos con qué gozo preparaba las fiestas marianas, tanto en su parte litúrgica como en el exorno de altares. Ella misma se encargaba de vestir su imagen y de colocar las flores. Y para los grandes acontecimientos como vestición de hábitos, profesiones, etc., siempre elegía fiestas marianas.

Dentro de este marco mariano hemos de colocar los sucesos del año 1931. Cuando la Hna. Irene -ya lo hemos reseñado- fue reclamada por los tribunales por el simple hecho de haber lanzado un viva a Cristo Rey dentro de su aula de enseñante, M. Elisea la animó diciendo: «Ve y no tengas miedo. A los pies de nuestra Santísima Madre te espero». Y, efectivamente, no le ocurrió nada.

Otro suceso de aquella misma aciaga fecha fue el que a continuación se cuenta. No era fiable el que en los templos se

guardara el Santísimo Sacramento por las revueltas incontroladas de aquellos días con quemas de conventos, etc. Nadie dormía en Casa Madre y durante la noche se alojaban las religiosas donde podían, vestidas de seglares (menos M. Elisea que nunca se quitó el hábito). Hubo, por tanto, necesidad de retirar el Santísimo y llevarlo a lugar más seguro, al hospital adjunto. Todas las religiosas hicieron corte de honor al Jesús de la Eucaristía, de rodillas en el pasillo central del templo, mientras el capellán lo portaba hasta la calle. En aquel momento M. Elisea, clavando la mirada a la Virgen en su camarín, entonó con voz emocionada, pero dulce y firme, aquella estrofa tan carmelitana del *Ave, Maris Stella: Monstra te esse Matrem*, muestra que eres Madre e intercede por nosotros... «Todas empezamos a llorar, y hasta el mismo capellán lloraba de pena», manifiesta una religiosa que entonces era novicia. Y añade: «Quería mucho a nuestra Santísima Madre».

## 28. SU CARMELITANISMO

Parecería del todo innecesario insistir en esta faceta de la talla espiritual de la Fundadora una vez que hemos descrito e hilvanado algunos aspectos de su vida mariana. Incluso habría de parecer redundancia inútil puesto que, si el Carmelo es todo de María (*Carmelustotusmarianusest*), marianismo y carmelitanismo en cierto modo se identifican; lo carmelitano va incluido en la mariología al ser de ésta sólo una forma histórica de su espiritualidad, un estilo, una peculiar manera de vida mariana. Pero, precisamente por eso, y porque M. Elisea así lo vivió, nunca lograríamos desentrañar el pleno sentido de su lenguaje, sobre todo el coloquial que hasta nosotros ha llegado, si desconocemos esta clave de interpretación como punto de referencia.

Así por ejemplo, cuando M. Elisea menciona a la Virgen María, principalmente al referirse a su advocación carmelitana, lo hace siempre con los delicados términos de una filial dependencia muy típica del Carmen: *Nuestra Madre, Nuestra Santísima Madre*. Para los carmelitas existe un día especial que parte en dos todos los restantes del año y que es el 16 de julio; siempre se habla de un *antes* o un *después* del «Día de Nuestra Santísima Madre».

Y el mismo lenguaje utilizan sus hijas. Lo acabamos de escuchar al final del apartado anterior: «Quería mucho a Nuestra Santísima Madre». Simplemente se está empleando el léxico familiar, como de «andar por casa», muy querido en la larga tradición carmelitana. Y todo en virtud de unos principios de vida, fundamentales como proyecto, y de fuerte carga afectiva y existencial: María es para el carmelita « la imagen perfecta de todo aquello que anhela y espera ser» por lo que la considera

su Madre, Patrona y Fundadora, «para *cuya alabanza y gloria la Orden misma fue especialmente instituida en las regiones allende el mar*», como bien expresa un primitivo documento del s. XIII.

Y en buena lógica a estas premisas y *declaración de principios*, el hábito carmelita no es sólo un signo de pertenencia a la Orden de la Virgen, sino medio de consagración y garantía de predilección y amparo. De aquí que «el culto a la Santísima Virgen y su propagación pertenece a la misma misión de la Orden dentro de la Iglesia», principalmente por medio del santo escapulario, expresión popular de amor a la Señora, «cuyo hábito yo tengo aunque hartamente indigna de él» (Sta. Teresa de Ávila).

Con esta clave de lectura ya es más fácil entender el trasfondo afectivo y vivencial de las expresiones marianas empleadas por M. Elisea y cómo se sentía vibrar en la misma onda con otros hermanos y hermanas de la misma Orden del Carmen. Así por ejemplo, se logra entender muy bien el alcance de cuanto escribe al P. Wessels en Roma: «Le deseo mucha salud para que pueda trabajar muchísimo y propagar las glorias de la Orden de Nuestra Santísima Madre» (cta. 62). Perfecta sintonía en sentimientos con lo que a sus mismas hijas dice, animándolas a trabajar cada vez más «para dar gloria a Dios y a Ntra. Madre Santísima» (cta. 30).

Este mismo sentido de pertenencia y de amparo bajo la mirada dulce de una misma Madre lo expresa al escribir a las Carmelitas de la Divina Providencia (Brasil), en afanes fundacionales entonces: «Nuestra Beatísima Madre del Monte Carmelo nos cobije bajo su manto» (cta. 5). «La Orden Carmelitana nos cobija cariñosamente en su seno», comunica a sus hijas en fecha feliz; «cantemos himnos de alabanza y de gratitud profunda», dice

en consecuencia. «Nuestra Santísima Madre nos colme de bendiciones» es el encabezamiento de algunas de sus cartas.

Satisface comprobar también cómo M. Elisea es muy sensible en esta otra faceta del carmelitanismo más puro al considerar a la Virgen como única *Fundadora*; un caso muy típico lo subraya. En las fiestas de julio del primer año de estar en la Clínica Platón (Barcelona), llegado el día 16 un médico pregunta: «¿Cómo están pasando su fiesta?», a lo que replicó M. Elisea con cierta tristeza: «Bien... pero nos falta Nuestra Madre» (se refería a la imagen). «El doctor sin contestarle, se marchó y al poco rato volvió trayendo una virgencita del Carmen... Loca de alegría y llorando nos llamó a todas para que la viéramos. Y decía: *Esta es la Fundadora de esta casa*. Así, y con estas mismas palabras lo cuenta una religiosa que allí estaba.

«Mucho nos hemos alegrado viendo la solemne fiesta que habéis celebrado con motivo de la bendición de nuestra Santísima Madre y de las maravillas que obra para demostraros su amor», escribe a las de Brozas (Cáceres). «Amadla vosotras con fidelidad y todos los días experimentaréis pruebas inequívocas de su maternal cariño» (cta. 16). Poco antes había preguntado a la misma casa: «Ya pronto tendréis a la Virgen, ¿no es verdad?» Para ella el hecho de que la imagen del Carmen presidiera templo y altar de cualquier casa constituía una especie de «toma de posesión» por parte de la Virgen. Quería que todas sus fundaciones llevaran el nombre del Carmen. Tal es así que M. Elisea intentó hasta cambiar el nombre de *Sanatorio de la Purísima* de Granada por el del Carmen; no pudo por ser de razón social, pero ganas no faltaron.

«Gozaba preparando las novenas de nuestra Santísima Madre», cuentan las más ancianas religiosas. Ella misma

participaba del exorno de altar y vestía personalmente una bellísima imagen de las denominadas «de candelero», aún existente en Orihuela, y la preparaba en andas para la procesión por el pueblo el día del Carmen. Estaba prendada de la soberana y maternal belleza de la talla de Salzillo, de tan profundo significado en toda la historia de la congregación. Hacía comparaciones estéticas, incluso. Hablando en una carta de la imagen de Murcia, dice: «Preciosa. Es como ninguna de las que tenemos. Demos por todo gracias al Señor».

Una de las anécdotas más simpáticas de cuantas se recuerdan con ocasión de estas fiestas patronales, y que nos revelan tanto el gozo con que las vivía como su sentido del humor, es la siguiente. Normalmente invitaba para cada día de la novena a canónigos e ilustres eclesiásticos de la ciudad oriolana. Era deseo de la Madre que los sermones versaran sobre temas carmelitanos y no que los oradores se fueran por el «común de vírgenes». Un año fue célebre la «puja» o desafío que organizó entre las monjas: «Al predicador que más veces nombre a nuestra Santísima Madre buenos bizcochos y refrescos. Al que ni siquiera la nombre, agüita fresca y a la calle». Luego vendría el comentario jocoso entre los miembros del clero, refiriendo las ocurrencias de M. Elisea: ¿Y a ti de qué te tocó beber, de la jarra o del botijo?

En cuanto a su apostolado mariano sabemos cómo aprovechaba toda ocasión para enseñar canciones a los niños, hacer rezar a obreros, bien el *Ángelus*, bien el *Ave María* a ciertas horas, y repartía estampas y escapularios del Carmen, principalmente a los enfermos. Hay un caso muy significativo que nos cuenta la Hna. Celina Llin, en una hermosa relación. Se presentó un enfermo en Granada para el que no había sitio, y además muy grave de tuberculosis. Al consultar con M. Elisea,



ésta dijo: «Este enfermo nos lo manda el Señor... Se ingresa en esa habitación que está reservada... y Dios proveerá».

Aquel enfermo terminal se resistía a aceptar la muerte y rehuía cualquier tipo de auxilios religiosos. M.Elisea «le puso el santo escapulario como tenía de costumbre con todos los enfermos» e hizo lo imposible por aliviarle el dolor con suma caridad. Ante tanto derroche de generosidad y atenciones, aquel rebelde enfermo se rindió a la gracia y pidió confesión. Tuvo una muerte edificante y con sus palabras hizo arrancar lágrimas a cuantos le asistieron: «Esta religiosa es una santa», decía de M.Elisea. «Me voy con la Virgen del Carmen por medio de sus hijas que me han salvado».

«Rogad por esta pobre carmelita» solía pedir. En cierta ocasión dijo a una hermana confidencialmente que le gustaría le cantasen a la hora de su muerte el canto mariano *Inviolata* de bella melodía gregoriana que sabía toda la Congregación. Morir cantando a la Virgen como gesto, como actitud, es la máxima aspiración de todo carmelita, pues en el Carmelo ha gastado la vida en su honor y para su gloria.



## 29. UN MISMO CARISMA

Las Carmelitas de M.Elisea constituyen una de las congregaciones más directamente vinculadas a la Orden del Carmen desde sus propios orígenes entre todas cuantas forman la gran familia carmelitana en la observancia primitiva del Carmelo. «La Orden Carmelitana nos cobija cariñosamente en sus seno» comunica de un modo oficial la propia Madre en 1906 (cta. 4). Y aquí es donde cabe preguntarnos algo que tal vez ha podido surgir como duda, a lo largo de esta histórica narración, en la mente del benévolo lector: ¿Y cómo es que se tardó nada menos que catorce años en solicitar la agregación oficial? Parece extraño, pero esta aparente demora tiene una muy sencilla explicación, a tenor de cuanto se dice en la «Relación Trienal» enviada a Roma en 1912, firmada por la propia M. Elisea:

«Fueron ocho las primeras Hermanas que vistieron el santo hábito...y se agregó canónicamente el Instituto, ya en su fundación, a la Primera Orden. Mas luego, con el objeto de lucrar todas, toda suerte de indulgencias y gracias espirituales, según prescribe el Decreto de 28 de agosto de 1903, se renovó dicha afiliación». Está claro. Si la Congregación había nacido en el mismo seno de la Orden «y desde un principio (sus religiosas) pertenecieron a la Venerable Orden Tercera de Ntra. Sra. del Carmen», según reza la *Relación* antes citada, no parece hubiera de necesitar de ulterior agregación. ¿Qué más afiliación que el haber profesado jurídicamente en dicha Orden, y con votos perpetuos, asumiendo como propio el proyecto de vida carmelitano, expresado en su Regla, con sus propias Constituciones?

Pero no pensaba de esta forma la Santa Sede, ocupada entonces por la santidad de Pío X. Y es que era tal la proliferación

de congregaciones religiosas, especialmente femeninas, que se autodenominaban con los nombres de las antiguas órdenes medievales, que se hacía necesaria una aclaración, tanto por parte de la Sagrada Congregación de Religiosos como por parte de las Curias Generalicias de las órdenes afectadas. De esta forma se podría calibrar hasta qué punto existía una afinidad de simple denominación o se participaba de un mismo carisma.

M. Elisea, como General de la Congregación, cursó la debida y reglamentada solicitud en los términos siguientes: «Rvdm. Padre, la Superiora General de la Congregación de Hermanas Terciarias Carmelitas Observantes, *establecida en la ciudad de Orihuela...*, suplica a vuestra Paternidad Reverendísima se digne agregar el mencionado Instituto, según la forma prescrita por la Santa Sede, para que, considerado como miembro de tan venerada Orden, participe de todas las gracias y privilegios concedidos a ésta. Gracia que no duda alcanzar... Sor Elisea Oliver”.

Existen dos decretos de agregación con dos fechas diferentes que han desorientado a los historiadores, uno del 24 de diciembre de 1905 y otro del 28 de junio de 1906 « ¿Por qué el segundo si ya estaba el primero?» se pregunta el P. Rafael López-Melús en *Epistolario*. «Quizá algún día encontremos fácil solución», se contesta en otro lugar. Ciertamente era fácil. Una avispada hermana notó que el primer decreto de agregación se hacía, a tenor de la solicitud cursada, restrictiva a la comunidad de Orihuela, y no extensiva a toda la Congregación para lo cual hubo necesidad de hacer otra posterior instancia. Claro.

Se refiere a la primera M.Elisea cuando escribe esa bellísima y emotiva carta por la que da la buena noticia: «Siempre ha sido nuestro especial cuidado e interés trabajar incesantemente por

la mayor gloria de nuestra muy amada Congregación. Impulsada por estos deseos, he rogado alRvdm. P. Pío María Mayer, Prior General de toda la Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, que nos agregara a la primera y segunda Orden... Y él, accediendo gustosísimo a nuestros deseos, nos acepta». En consecuencia, toda la Congregación gozará de cuantos favores y gracias haya obtenido la Orden de los sumos pontífices a lo largo de los siglos, lo mismo que sus iglesias. Todo ello ha de ser considerado como una muestra más de la intervención amorosa de la Señora, pues «el amor que siempre nos ha tenido nuestra Santísima Madre... se ha patentizado ahora de una manera tan solemne». Concluye la Fundadora instando a que se eleven preces en acción de gracias «por tan fausto acontecimiento» (cta. 4).

Hasta aquí los trámites que pudiéramos llamar burocráticos, pero necesarios entonces y ahora. Al llegar a este punto cabe hacernos una breve reflexión. Cientos de congregaciones se afiliaron principalmente al bloque de las grandes órdenes mendicantes, bien directamente en sus primitivas observancias, bien a través de sus respectivas ramificaciones. Muchas de estas familias religiosas, femeninas casi siempre, se agregaron por un cierto afán de verse «amparadas» por las órdenes masculinas, por lo que no siempre se corresponden los patronímicos con la comunión y vivencia de un mismo carisma. Cuando a partir del Vaticano II se ha recomendado la «vuelta a las fuentes de su inspiración» en loable empeño de renovación y de mayor autenticidad, ahondando en sus propias raíces, algunas congregaciones han podido comprobar que su denominación era de puro nombre; otras, por el contrario, han tomado mayor conciencia de su identidad y han recobrado su sentido de pertenencia a una familia religiosa cuyo carisma viven en plenitud, con el matiz y estilo propio que le imprimiera su

Fundador o Fundadora. Y éste es precisamente el caso que nos ocupa.

### 30. LEGADO Y FUTURO

Resulta a todas luces esclarecedor el hecho de verse aquel grupo caudetano acogido fraternalmente por los propios carmelitas a cuya Orden aquellas jóvenes decíanse pertenecer. Y no es de menor importancia y significación el hecho de que, al llevar la Orden del Carmen apenas unos años restaurada en España, tras su forzada exclaustración de 1836, fuera Caudete el tercer convento restablecido (1888) con la particularidad de que se instituyera como Casa de Formación. Coinciden, por tanto, en el mismo lugar el nacimiento de una congregación y los principios restauracionales de la misma Orden, con todo cuanto supone de relaciones fraternales y de crecimiento en un mismo espíritu entre aquellas jóvenes generaciones.

De aquellos felices tiempos queda constancia. Gertrudis Sanmartín recuerda, por ejemplo, lo siguiente: «Cuando entramos de postulantes (M. Asunción y yo, en 1897) en Caudete, estaba el P. Dionisio Alvarado de prior y el P. Brocardo de Maestro de Novicios. Un día de Inocentes dimos una broma a los novicios: les mandamos una caja con ratones y, al abrirla, salieron los ratones por la mesa» (se conocen los nombres de aquellos novicios, Padres Venerables luego de la primera hornada de la Restauración).

De esta primera etapa generacional fueron los Directores de la Congregación y sus mentores: P. Cirilo Font, considerado cofundador de la Congregación, el P. Salvador Barri, el inspirador, hombre espiritualísimo y de sólida formación (había ingresado al Carmelo ya de sacerdote), el P. Dionisio Alvarado, el P. Carmelo Codinach... Uno de aquellos primeros profesos fue el legislador, P. Elías Ortiz, a la vez que director y consejero de la propia M. Fundadora. Todos ellos jugaron un papel de excepcional importancia en el desarrollo y madurez de la Congregación

hasta el punto de servir como modelo referencial para otras congregaciones carmelitas como la del Brasil y Venezuela.

M. Elisea se siente tan profundamente carmelita y vive tan gozosamente su vocación que ello le impulsa y motiva a relacionarse con toda la familia carmelitana como si se moviera entre los de su propia casta y en su mismo hogar. Y de la misma forma y familiaridad con las que se relaciona con los frailes carmelitas, lo hace también con las monjas de clausura, las denominadas de la Segunda Orden. Consta, por ejemplo, cómo la Madre colabora y ayuda en la fundación de Caudete en 1914, con monjas provenientes de Onteniente, aquel famoso monasterio al que quiso ingresar la M. Piedad de la Cruz. Lo cuenta, entre otras, la Hna. Trinidad Navarro: «Estando la M. Elisea en Caudete se hizo la fundación de monjas carmelitas de clausura de aquella población. Ella intervino en dicha fundación y tuvo muy buenas relaciones con aquellas monjas, sobre todo con la M. Carlota, la Fundadora. Se apreciabanmucho».

Lo mismo debió suceder en Granada, en el tiempo en que estuvo en el Sanatorio de la Purísima en los años veinte. También hay constancia de ello. La Hna. Perseverancia Leiva dice que en 1928, «siendo yo novicia, como ella había estado en Granada y conocía a mi tía M. Sacramento Martín Ramos, me solía decir: *A ver si tú te pareces a tu tía Conchita* (así se llamaba en el siglo mi tía, M. Sacramento)». Esta recia mujer y santa religiosa dejó fama de muy virtuosa en su monasterio granadino de La Encarnación. Que ambas mujeres se trataran ya es un buen indicio y no sólo de simples relaciones de familia.

Debemos apuntar, finalmente, sus comunicaciones epistolares con otros grupos de carmelitas y de las que afortunadamente quedan muestras que están muy lejos de reducirse a una simple relación oficiosa o de obligada cortesía. Ya desde el principio,



a la par que se asume como propia la Regla del Carmelo y su proyecto de vida, se adoptan las Constituciones de las Carmelitas de Palma con la sola variación del nombre de la ciudad. Dichas Constituciones eran, a su vez, las proyectadas por el Dr. Palau para las Carmelitas de la Caridad y que fueron aprobadas por el General de la Orden, P. Savini, para las mallorquinas. Todo ello supuso un largo *iter* de estrechas relaciones desde el Comisario General de la Orden en España, P. Anastasio Borrás, hasta los miembros de la Curia Generalicia en Roma.

Lo mismo cabe decir con respecto a las Carmelitas Venezolanas a las que se les orienta en sus inicios re fundacionales. De M. Elisea se guarda una carta ya en sí misma elocuente; es la n. 9.66 de su Epistolario y en el mismo año de su muerte. Les notifica haberles enviado libros de formación espiritual, les informa acerca de la hechura del hábito, tanto para postulantes como para las profesas, y lamenta «no hayan podido realizar la anexión con los Religiosos; nosotras en nuestras humildes oraciones, se lo pedimos al Omnipotente se realice cuanto antes»(también aquí ruega a aquellas religiosas que «en sus oraciones no se olviden de la pobre España». Era mayo de 1931). Estas relaciones fraternas no pudieron culminar con el proyecto de enviar algunas Hermanas para ayudarles en su formación, tanto de vida religiosa como en la carmelitana, por las circunstancias políticas de aquellos años. Y algo parecido ocurrirá con las *Carmelitas de la Divina Providencia* en Brasil(véase la interesante carta de 23 de diciembre de 1907, n. 9.5, en la que se habla, incluso de *uniformar comunidades*).

El carmelitanismo heredado de M. Elisea y su vinculación con la Orden no solamente lo han conservado sus hijas, sino que lo han desarrollado y lo viven. En una relación presentada por la entonces General M. Socorro Font en mayo de 1985 en Roma, durante el I *Encuentro* de todas las Congregaciones agregadas a la Orden, se dice lo siguiente:

*La Congregación no sólo se sintió vinculada espiritualmente a la Orden en sus orígenes -oficialmente fue agregada a ella el año 1905- sino que se experimentó y se experimenta hoy, nacida en su mismo corazón. Fue la Orden quien recibió la primera y definitiva profesión religiosa de sus FUNDADORAS que emitieron sus votos en manos del entonces Prior General Fray Luis María Galli, representado por el P. Cirilo Font, Prior de Caudete. Y fue ella, la Orden, quien la dirigió, cuidó, alimentó con su rica espiritualidad a través de los sucesivos Directores que recibió de la misma, en los primeros largos años de su historia. A la Orden, pues, toda nuestra gratitud y amor. Más tarde, en la medida en que crece y se desarrolla, va cambiando la forma de expresar su vinculación, encontrando siempre en la Orden luz y ayuda mediante los PP. Carmelitas allegados de modo especial a la Congregación, cuya influencia y apoyo ha sido decisiva en algunos momentos de su vida.*

*Es un deber de justicia -prosigue- mencionar y agradecer la valiosa ayuda y la constante disposición de servicio que nos ofrecen determinados Padres, por medio de los cuales la Orden se nos hace hoy especialmente cercana y fraterna. Y tras mencionar los Documentos emanados de la Orden, que reciben como propios, y otros medios de mutua colaboración a nivel de Región Ibérica, la exgeneral concluye su informe esperando «que esta rica experiencia redunde en bien de la gran Familia Carmelita y también de la Iglesia».*

Por cuanto sé y conozco de M. Elisea, estoy seguro que ella misma no hubiera hablado de forma diferente. Hemos de constatar no sin cierto orgullo cómo, al cumplirse el primer centenario de su existencia, la Congregación de M. Elisea ha conservado íntegro el patrimonio espiritual y carismático de su Fundadora, especialmente su carmelitanismo que, en su doble vertiente mariano-profética, puede ofrecer a las nuevas

generaciones el fruto de su fidelidad a un pasado, su fuente de inspiración, con perspectivas de prometedor futuro.



## Guión biográfico

- 1869: Nace en Benidoleig Josefa Oliver Molina, el 9 de julio.
- 1878: Muere el padre de Josefa.
- 1884: Sor Piedad de la Cruz funda en Alcantarilla las Hermanas Terciarias Carmelitas.
- 1886: Las carmelitas abren casa en Caudete.
- 1889: Josefa parte para Alcantarilla.
- 1891: Josefa y siete compañeras visten el hábito (6 de marzo).  
Adopta el nombre de Elisea.
- 1892: Profesión perpetua (13 de marzo). M. Elisea es elegida Maestra de Novicias.
- 1893: Aprobación diocesana de la Congregación por el obispo D. Juan Maura y Gelabert.
- 1899: Nombramiento de M. Elisea como General interina.  
Traslado de la Casa Madre a Orihuela.
- 1905: Decreto de afiliación a la Orden del Carmen.
- 1906: Primeras Constituciones del P. Elías Ortiz.
- 1912: Se envía el primer informe a la Santa Sede.
- 1913: *Decretum laudis* de la Santa Sede
- 1916: Bodas de Plata de la Congregación.
- 1922: Capítulo General. M. Elisea va a Granada.
- 1927: M. Elisea se traslada a Barcelona.
- 1928: De nuevo Superiora General.
- 1931: Muere M. Elisea el 17 de diciembre.

## Guión biográfico

INTRODUCCIÓN	7
I. ANDADURA HISTÓRICA	
1. Dios proveerá	17
2. Las Monjas de Alcantarilla	21
3. Nuevo proyecto de carmelitas	25
4. Un nuevo Carmelo surge	29
5. La maestra probada	33
6. General interina	38
7. Con talante de Fundadora	42
8. Con sólidos fundamentos	46
9. Andanzas fundacionales	50
10. Aniversario y balance	57
11. Un enigmático capítulo	64
12. Dolorosas consecuencias	69
13. Vendaval en el ocaso	72
14. “Alabat siga Déu”	77
15. Don y ministerio	81
II. PERFIL ESPIRITUAL	
16. Su figura	87
17. Talante y personalidad	90
18. Vida de austeridad	95
19. Desasida en lo humano	99
20. Hasta el calvario	104
21. En callado amor	108
22. Caminando en la verdad	110
23. Mujer orante	114

24. Mujer de acción apostólica	119
25. Desbordante humanismo	125
26. Entrañas de madre	129
27. Su faceta mariana	133
28. Su carmelitanismo	138
29. Un mismo carisma	144
30. Legado y futuro	148
Guión biográfico	154

*Acabóse de imprimir esta biografía de  
Elisea M.<sup>a</sup> Oliver, carmelita, en los  
talleresGrafisur de Los Santos  
de Maimona (Badajoz), el día  
16 de mayo de 1990,  
Fiesta de S. Simón Stock,  
carmelita.*

*LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI*